Star Wars
Aprendiz de Jedi

Volumen 14: Lazos que atan

Jude Watson

Capítulo 1

En aquel planeta, la atmósfera era fría y cortante. Obi-Wan Kenobi tardó casi un día entero en acostumbrarse a ella, pero ahora le gustaba sentir esa punza-da de aire fresco en los pulmones.

Él y su Maestro, Qui-Gon Jinn, se encontraban en la cima de las montañas de Ragoon-6, un planeta conocido por su espectacular y remota belleza. Los Jedi tenían como única misión sobrevivir llevando sólo los equipos de supervivencia. Antes que ellos, otro Jedi había ido dejando una hilera de huellas que conducía a un transporte. El rastro se extendía entre nieve, altas montañas y grandes formaciones rocosas, por lo que no era fácil de seguir.

Qui-Gon había decidido realizar aquella prueba después de su última misión. Tras regresar al Templo estuvo un tiempo distraído, casi triste; algo que no era propio de él. Finalmente, una mañana, al amanecer, se presentó en la habitación de Obi-Wan.

—Es hora de divertirse —dijo.

¿Divertirse? Obi-Wan nunca había oído a su Maestro pronunciar esa palabra. Se recostó somnoliento, apoyándose en los codos, y parpadeó en la penumbra. Se preguntó si estaba soñando.

Tan sólo una hora después se encontraba en un transporte en dirección a Ragoon-6. Un piloto Jedi llamado Rana los dejó en una altiplanicie azotada por fuertes vientos. Qui-Gon explicó a Obi-Wan que iban a poner a prueba sus capacidades de supervivencia y rastreo, además de contemplar uno de los parajes más asombrosos de la galaxia. Obi-Wan tuvo frío, hambre y dudas desde el principio, pero en los últimos diez días se lo había pasado muy bien.

Obi-Wan se sentó en una piedra plana que dominaba el valle a sus pies. Era media mañana, y el sol ya había calentado la piedra. Apoyó las palmas de las manos sobre ella. Bajo él, en la ladera de una montaña, había un mar de flores silvestres amarillas. El cielo era de un azul muy intenso. De noche se

tornaba púrpura. Durante una tormenta, se había teñido de amarillo y verde. Obi-Wan nunca había visto unos colores tan claros y definidos en la atmósfera. No había ciudades en Ragoon-6, ni industria, ni transportes que emitieran gases que contaminaran el aire puro.

Su Maestro y él no hablaron mucho. Qui-Gon estaba sumido en sus pensamientos. Hubo momentos en los que parecía estar... *No era tenso,* pensó Obi-Wan, buscando la palabra adecuada, *más bien distraído.* Obi-Wan sabía que Qui-Gon tenía algo en mente, pero también era consciente de que aún no había llegado el momento de que su Maestro se lo contara.

Obi-Wan ya había cumplido dieciséis años, y su relación con su Maestro estaba experimentando un sutil cambio. Ahora eran más camaradas, además de alumno y profesor. Obi-Wan sabía que todavía le quedaba mucho por aprender de Qui-Gon, pero le gustaba aquella nueva sensación de madurez. Por primera vez, era capaz de ver el día en el que pudiera estar lado a lado con su Maestro como un auténtico Caballero Jedi.

Escuchó el crujido de las pisadas de su Maestro en la nieve. Qui-Gon se puso de cuclillas junto a él y escudriñó el paisaje.

—Tahl y yo vinimos aquí en una misión de entrena-miento como ésta hace mucho tiempo —dijo—. Siempre pensamos que algún día volveríamos juntos, pero nunca lo hicimos.

Tahl era una Jedi que había entrenado junto a Qui-Gon en el Templo. Ahora gozaba de gran prestigio, y la amistad de ambos era larga y profunda. Hacía unos años se había quedado ciega, y Obi-Wan sabía que su Maestro sentía una profunda ternura cuando hablaba de ella.

Los ojos azules de Qui-Gon escaneaban las montañas y el valle.

—Estamos aquí y de repente desaparecemos —dijo lentamente — . Hay que estar seguro de lo que se quiere y de lo que se cree, Obi-Wan. Algunas veces, el camino será confuso, pero tómate tiempo para comprenderte a ti mismo. Cambia de vida si es necesario.

Obi-Wan asintió, pero las palabras de Qui-Gon le parecían algo confusas. Normalmente, los consejos de su Maestro eran claros y directos. Pero ahora, incluso su mira-da estaba perdida.

Y entonces, en uno de los cambios de concentración que definían su carácter, Qui-Gon se levantó de repente, claramente concentrado.

—Algo nos sigue —dijo enérgicamente.

—¿Algo?

—Animales. Han debido de oler la comida. Las huellas indican que es una manada de malias.

—¿Malias?

— Bestias salvajes de alta montaña. No son grandes, viajan en grupos de cuatro y apenas te llegan a la rodilla; pero son muy peligrosos. Se dice que si estás lo suficientemente cerca como para oír el grito de un malia, ya estás muerto.

A pesar de que el sol brillaba en el cielo, Obi-Wan se estremeció.

—¿Y nos están siguiendo?

—El invierno ha sido duro aquí. Es mejor evitarlos. Vamonos.

Qui-Gon se echó el equipo de supervivencia al hombro y comenzó a andar. Obi-Wan se apresuró a recoger sus cosas y le siguió. Pasaron una hora caminando por entre los peñascos que conducían hacia los caminos forestales. La senda abierta por el Jedi era difícil de seguir; pero, gracias a la mirada agudizada por la Fuerza, podían distinguir las mínimas diferencias en el suelo, las hojas y la nieve que indicaban el paso de una presencia. Podían moverse con rapidez. Obi-Wan tenía la esperanza de estar ampliando la distancia entre ellos y la manada de malias.

De repente, Qui-Gon se detuvo. Obi-Wan vio que el camino se dividía. Los dos Jedi estudiaron la zona, y después se dividieron para investigar parte de ambos caminos, buscando pistas. No necesitaban hablar: habían pasado por aquello muchas veces.

Normalmente, Obi-Wan o Qui-Gon encontraban alguna pista que les señalaba el camino a seguir. Esta vez regresaron a la encrucijada sin tener una idea clara de qué senda seguir. Una sonda robot o un androide de seguimiento habrían sido de gran utilidad, pero ese ejercicio estaba pensado para enseñar a Obi-Wan cómo sobrevivir sin esos aparatos.

—Rana nos ha dejado un desafío —dijo Qui-Gon—. Tenemos que escoger un camino y volver aquí si nos hemos equivocado.

Obi-Wan asintió.

—Si nos vemos obligados a regresar, habremos perdido el tiempo que hemos ganado —dijo Qui-Gon —. Podríamos encontrarnos con la manada de malias. ¿Por qué no escoges tú la dirección?

Obi-Wan se quedó mirando ambos caminos. Ninguno le llamaba especialmente la atención. Escogió el de la dere-cha, que subía abruptamente por una colina rocosa. Puede que Rana quisiera que hicieran un poco de ejercicio.

Caminaron durante una hora sin encontrar más pistas. Finalmente, Qui-Gon se detuvo.

—Creo que deberíamos regresar, padawan. Ya deberíamos haber encontrado algún indicio de que este camino es el correcto —Qui-Gon miró al cielo—. Pronto oscurecerá.

La marcha era más difícil en la creciente oscuridad del atardecer. La temperatura descendió y los charcos se hela-ron en el camino de piedra. Bajaron por la ladera, completamente concentrados en no resbalarse.

Según se acercaban al punto de partida, Obi-Wan escuchó un grito estridente. Se detuvo de repente.

—No es humano —dijo—. Al menos, no lo parece.

—Es el grito de los malias —dijo Qui-Gon—. Parecía venir de cerca.

Obi-Wan no percibió miedo en la voz de su Maestro, nunca lo percibía; pero Qui-Gon tampoco parecía muy cómodo.

—¿Te dan miedo? —preguntó Obi-Wan.

—No exactamente —dijo Qui-Gon—. Me dan respeto. Si nos encontramos con ellos, padawan, recuerda que son muy rápidos. Muy astutos. Cuando cazan, tienen un sentido muy desarrollado de la estrategia.

Siguieron bajando por la cuesta, avanzando lo más silenciosamente posible. Obi-Wan no movió una piedra, ni una hoja.

—En cuanto encontremos un sitio adecuado, acampa-remos para pasar la noche —dijo Qui-Gon en voz baja—. El retraso no nos perjudicará. Y el fuego nos protegerá.

Obi-Wan no veía ni oía movimiento alguno a su alrededor. Los árboles se estrechaban junto al camino, con sus hojas verdiazules que no se movían ni un ápice. Aun así, tenía la sensación de que le estaban siguiendo. A pesar del frío, sintió un hililllo de sudor cayéndole por la nuca.

Las sombras de las hojas se alargaron, oscureciendo el camino. Apenas podía divisar la encrucijada en la que se habían detenido. Allí había un claro donde podían acampar.

Vio a la derecha un destello verdoso, un color fluorescente completamente fuera de lugar entre los tonos natura-les del bosque. Estaba a punto de señalárselo a Qui-Gon, cuando su Maestro desenfundó el sable láser.

—¡Los malias! —exclamó Qui-Gon.

Apenas un segundo después, Obi-Wan vio una bola de pelo gris azulado: un animal que salía disparado hacia ellos de entre los árboles. Por fin comprendió que los extraños destellos verdes eran los ojos de los malias, que relucían, enfebrecidos por la inminente matanza. Los animales, ágiles y larguiruchos, le llegaban a Qui-Gon a la rodilla. A Obi-Wan le asqueó la fealdad de sus caras, con el morro chato y los dientes amarillos letalmente afilados.

El sable láser ya estaba en la mano de Obi-Wan, que saltó hacia atrás para proteger a Qui-Gon. Al mismo tiempo, otra criatura salió de entre los árboles por el otro lado. Y una tercera, una cuarta y una quinta. Se movían con rapidez, tan veloces que parecían cambiar de forma. Describían círculos y rechinaban los dientes sin dejar de mirar los sables láser de los Jedi, manteniéndose siempre fuera del alcance. Sus movimientos parecían una coreografía para cansar a la presa. Los Jedi no podían dejar de moverse ante la constante amenaza.

—Están jugando con nosotros —dijo Qui-Gon, girándose para protegerse de un ataque trasero de dos malias.

Obi-Wan apretó los dientes.

—No puedo soportar esta tensión.

—Cuidado, padawan. No dejes que se acerquen. Si un malia te muerde la muñeca, podría arrancarte el brazo.

—Eso es muy tranquilizador —susurró Obi-Wan.

—Si les mantenemos a raya, podrían rendirse y buscar una presa más fácil —dijo Qui-Gon. Se dio la vuelta y giró en una rápida combinación, rechazando a tres malias que atacaban a la vez.

Entonces, Obi-Wan divisó otro movimiento por el rabillo del ojo y se giró para enfrentarse a la amenaza. Un malia se había lanzado desde la rama de un árbol, directo hacia Qui-Gon. Obi-Wan saltó hacia delante, con el haz azul del sable láser recortándose sobre el firmamento.

Vio al malia enseñándole los dientes amarillentos en una mueca de frustración. Giró en pleno salto y aterrizó a cierta distancia, lo suficientemente lejos de Qui-Gon.

Otro malia se acercó hacia los árboles. Ahora les iban a atacar desde arriba y desde el suelo. Obi-Wan res-baló con un pie en uno de los charcos helados y cayó sobre una mano. Qui-Gon saltó hacia delante para protegerle; pero, justo antes, un malia saltó, aprovechándose del mínimo punto débil. Obi-Wan vio los dientes afilados del malia dirigiéndose a su mano. Dio un salto e intentó dar una patada al animal en su flanco. Convocó a la Fuerza y el sorprendido animal voló gruñendo y escupiendo.

Obi-Wan se puso de pie rápidamente. Le costaba respirar. Nunca había visto animales tan rápidos. Los malias eran incansables. El sonido de sus gritos helaba la sangre en las venas.

Un malia cayó de repente de entre las ramas, saltando hacia Qui-Gon mientras otros dos le atacaban desde atrás. Qui-Gon dio un giro de 360 grados con el sable láser imparable. En un momento, el malia que había saltado yacía muerto en el suelo del bosque, y los otros dos se daban la vuelta. Qui-Gon cogió a uno, que volvió para atacarle. El animal cayó en un remolino de pelo.

El otro malia se quedó a unos metros, gruñendo a Qui-Gon. Obi-Wan vio que se preparaba para saltar. De repente, se le pusieron los ojos en blanco y cayó muerto.

Obi-Wan miró a Qui-Gon y vio que su Maestro estaba tan asombrado como él. De repente, como si se hubieran comunicado

con una señal silenciosa, el resto de los malias se pusieron a cubierto entre los árboles.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Obi-Wan, escudriñan-do los alrededores para asegurarse de que los malias real-mente se habían ido.

—Enseguida lo sabremos.

De repente, un grupo de seres apareció de entre la maleza. Eran de corta estatura, con la piel curtida y parda y con torsos fuertes. Tenían el rostro cubierto de una espesa capa de vello, y las orejas largas y puntiagudas. Llevaban armas que Obi-Wan no había visto nunca: largos tubos de piedra pulida. Supuso que se trataba de una especie de cerbatana.

—No te muevas —dijo Qui-Gon a Obi-Wan con calma.

Uno de los seres se adelantó y habló en básico:

—Nosotros os proporcionaremos una muerte mucho más agradable que los malias —dijo—. Nuestros venenos son rápidos —hizo un gesto hacia los otros. La tribu se llevó las cerbatanas a los labios.

—Podéis quedaros con los malias —dijo Qui-Gon. No había indicios de apremio ni miedo en su voz — . Sólo somos visitantes de vuestro planeta. Gracias por salvarnos la vida.

El líder alzó una mano. Los demás no bajaron las cer-batanas. Se quedaron contemplando a los Jedi, cautelosos.

—¿No queréis carne de malia? —preguntó el líder.

—Ya tenemos provisiones. Comida de nuestro planeta — dijo Qui-Gon — . No hemos venido a cazar.

El líder se les quedó mirando un momento.

—Entonces, marchaos.

Obi-Wan estaba encantado con la invitación. No que-ría dar la espalda a la tribu, pero se fijó en que Qui-Gon lo hizo sin problemas. Siguió a su Maestro. Juntos pasaron por encima de los tres cadáveres de los malias y continua-ron su camino.

—Qué suerte —jadeó Obi-Wan cuando se alejaron un trecho.

—Esta región es preciosa, pero algo peligrosa —dijo Qui-Gon—. Sé que las tribus utilizan a los malias para obte-ner alimento y pieles. Son difíciles de matar y muy valiosos. Ésa era su mayor preocupación. Casi ningún ser de la gala-xia mata sin tener un propósito. Si lo descubres, podrás impedir una batalla.

—¿Y qué hay de los que matan sin tener una razón?

—Esos son los que deben preocuparte. Y ahora, pada-wan, tenemos que... —de repente, Qui-Gon se detuvo y cerró los ojos.

Obi-Wan esperó. Algo había perturbado a su Maestro. No sólo lo veía, podía sentirlo. Qui-Gon pareció hipnotiza-do por un momento, como mecido por algo que tuviera dentro.

Cuando abrió los ojos, Obi-Wan no pudo interpretar su expresión nublada, pero pudo percibir que Qui-Gon estaba inquieto.

—¿Qué has visto? —preguntó. Qui-Gon apretó los labios.

—Es peligroso interpretar las visiones —dijo cortan-te—. Tenemos que volver de inmediato a Coruscant.

Capítulo 2

De inmediato" no resultó ser todo lo rápido que Qui-Gon quería. Tardaron otros tres días en llegar al transporte. Qui-Gon intentó una y otra vez meditar para ser paciente, pero no lo consiguió. Sabía que estaba presionando a Obi-Wan, pero no para enseñar resistencia a su padawan, sino por su propia ansiedad.

La visión le llegó sin avisar. Iba andando por el camino y, de repente, Tahl apareció ante él. Estaba en apuros.

Durante aquel viaje, Tahl estuvo muy presente en sus pensamientos. ¿Era ésa la razón? ¿Le necesitaba Tahl? ¿O habían sido sus propios pensamientos los que habían provocado la visión?

El piloto conducía a la máxima velocidad. Tardarían otras siete horas en llegar a Coruscant. Cada minuto parecía una eternidad.

Obi-Wan estuvo todo el viaje en silencio. Con el paso de los años habían llegado a comprenderse bien. Obi-Wan sabía que Qui-Gon requería silencio.

El Maestro Jedi no sabía por qué había aparecido la perturbadora visión de Tahl. Sólo sabía que tenía que volver al Templo y asegurarse de que ella estaba bien.

Por fin entraron en la atmósfera de Coruscant. Las altas torres de la ciudad, de varios niveles, aparecieron ante ellos. Qui-Gon llevó la nave por la avenida más rápida, adelantando a un transporte de mayor tamaño. Obi-Wan le miró asombrado, pero Qui-Gon se limitó a acelerar a fondo.

Aterrizó el transporte y activó la rampa. Se puso en pie, pero, por primera vez en cuatro días, dudó antes de moverse.

—Disculpa mi apremio, Obi-Wan. Algún día te lo explicaré —*cuando me entienda a mí mismo.*

No dio a su padawan la oportunidad de responder, sino que se giró y bajó rápidamente por la rampa. Dejó que Obi-Wan se encargara de los procedimientos de llegada.

Entró por la puerta y se detuvo en el control de seguridad, donde estaba apostado el Caballero Jedi Cal-i-Vaun.

—Necesito encontrar a la Jedi Tahl —dijo Qui-Gon.

Cal-i-Vaun tocó la pantalla que tenía frente a él.

—No está en sus aposentos. Un momento —tocó otro punto de la pantalla—. No responde a su intercomunicador.

—Gracias —a Qui-Gon le costó recordar dar esa simple muestra de amabilidad—. Pero ¿se encuentra aquí, en el Templo? —exclamó.

— Sí, no hay registro de salida.

Qui-Gon tamborileó con los dedos en el mostrador. No tenía paciencia para registrar el Templo. Sólo había unos pocos lugares en los que Tahl desconectaría su intercomunicador. O estaba meditando, o estaba nadando en el lago o...

O en la Sala del Consejo Jedi.

Qui-Gon llegó corriendo hasta el turboascensor y se dirigió a la Sala del Consejo. Las puertas estaban cerradas. El Consejo estaba reunido. Qui-Gon rompió una regla del sagrado Templo y entró por la puerta sin pedir permiso. Avanzó dando zancadas.

Tahl estaba en medio del círculo. Se giró al oír el ruido de la puerta abriéndose. A pesar de ser invidente, enseguida supo que era él. Qui-Gon estaba tan contento de verla que no le importó su expresión preocupada.

Yoda parpadeó impasible al verle, pero Mace Windu alzó las cejas.

—¿A qué debemos esta... intrusión, Qui-Gon? —preguntó Mace Windu.

—Pido disculpas a todos los Maestros Jedi —dijo Qui-Gon, inclinándose—. Sabía que Tahl estaba aquí y sentí que tenía que estar presente.

Para su sorpresa, Mace Windu asintió, como si la lógica acompañara la razón de Qui-Gon.

—Teniendo en cuenta que estás conectado con la misión, permitiremos que te quedes —dijo—. Si hubiéramos sabido que habías vuelto, habríamos solicitado tu presencia.

Qui-Gon ocultó su sorpresa. Tahl se agarró las manos frente a él durante un instante. Qui-Gon vio sus largos dedos retorciéndose una y otra vez entre los pliegues de su larga túnica. Estaba descontenta con su irrupción, eso era obvio.

Sin embargo, su voz estaba calmada cuando habló.

—Resumiré la reunión —dijo, ladeándose ligeramente, de modo que Qui-Gon quedara a sus espaldas. Eso demos-traba claramente ante los Maestros su deseo de seguir sien-do el centro de la reunión—. Esta mañana recibí una llama-da de socorro de las gemelas Alani y Eritha, del planeta Nuevo Apsolon.

En ese momento, Qui-Gon comprendió la reacción de Mace Windu ante su presencia. Hace años, Tahl y Qui-Gon fueron enviados en misión a Apsolon, como observadores, para garantizar una transición pacífica entre Gobiernos.

—Dejadme resumir mi última misión allí —dijo Tahl —. Apsolon tenía un Gobierno totalitario que dirigía una civilización dividida entre una próspera minoría llama da los Civilizados y una mayoría llamada los Obreros. Los Obreros vivían en un sector apartado de la ciudad, en viviendas paupérrimas, y tenían que pasar por controles de seguridad y a través de vallas electrificadas para ir a traba-jar. Los Civiliczados mantenían el control a través de un temido y secreto cuerpo de policía llamado los Absolutos. Como sin duda saben los miembros del Consejo, Ápsolon es un centro de industria de alta tecnología. Los Obreros intentaron llevar a cabo lo que ellos llamaron "una revolución sin sangre", mediante una campaña de sabotaje industrial. La guerra civil fue algo violenta, pero no tan terrible como en otros planetas. Casi toda la violencia procedió de los Absolutos, en su intento por detener los sabotajes y las manifestaciones. Pero no detuvieron a los Obreros. Las presiones económicas obligaron al Gobierno a convocar elecciones libres y otorgar el derecho al voto a los Obreros. Como resultado, Ewane, el líder de los Obreros, que había sido un líder piara el pueblo, fue elegido. Ápsolon se rebautizó como Nuevo Ápsolon para simbolizar este nuevo rumbo.

Qui-Gon recordaba bien a Ewane y a sus dos hijas. Ewane estuvo (encarcelado durante varios años. La madre de las niñas había muerto cuando eran pequeñas, por lo que fueron criadas por sus seguidores. Eran guapas y tranquilas, cogieron mucho cariño a Tahl y despertaron en ella una ternura que Qui-Gon no había visto nunca.

—Ewane fue Gobernador Supremo durante cinco años y fue reelegido —prosiguió Tahl—. Poco después fue asesinado.

Qui-Gon cerró los ojos para recordar. Ewane, alto y elegante, había quedado debilitado tras sus años de cautiverio, pero su fuerza interior le había dado un aura de nobleza. Su semtido de la lealtad y su iniciativa le convirtieron en el líder ideal. Apostó por la justicia, y no por el castigo, para los que habían sido sus enemigos. Era una pena que no le hubieran dado la oportunidad de cumplir su gran promesa.

— Su hombre de confianza le sucedió. Su nombre es Roan, y fue uno de los pocos Civilizados que demandó un cambio social desde muy pronto. Roan fue admirado por la mayoría durante un tiempo, pero ahora hay muchos Obreros que opinan que apoyó a los asesinos de Ewane y que su subida al poder fue fruto de un golpe de Estado. El planeta ha vuelto a caer en la inestabilidad. Las hijas de Ewane, Alani y Eritha, tienen dieciséis años. Están escondidas y temen por sus vidas. Me han pedido ayuda. Quieren venir a Coriiscant. Tengo que ir a Nuevo Ápsolon y escoltarlas hasta aquí.

— Una misión que merece la pena —dijo Mace Wnndu—. Es obvio que las chicas han de ser rescatadas.

—Que el planeta haya caído en el caos una vez más triste es —dijo Yoda—. Sin embargo, solicitud de ayuda por parte del Gobierno no hemos recibido. Por tanto, tu misión no oficial es.

—Tengo un compromiso con esas chicas —dijo Tahl—. Tengo que ir.

A Qui-Gon no le sorprendió la determinación de Tahl. Tenía una estrecha relación con las jóvenes gemelas. Ellas habían sido causa de serios desacuerdos entre ambos Jedi. Cuando se celebraron las elecciones, y Ewane fue reelegido, Qui-Gon se dispuso a abandonar el planeta. A Tahl le preocupaba la seguridad de la familia de Ewane, y pensó que el nuevo Gobierno era demasiado frágil y reciente para dejar-lo solo. Todavía había facciones poderosas entre la minoría Pudiente que quería que fracasara, y ella sospechó que los Absolutos no se habían disuelto, como se prometió, sino que seguían trabajando en unas instalaciones secretas. Qui-Gon admitió que parte de su teoría podía ser correcta, pero el trabajo de los Jedi no era permanecer en el planeta como fuerza de ocupación.

Discutieron sobre si debían marcharse o quedarse. Qui-Gon sabía que los lazos que unían a Tahl con Eritha y Alani influían en su decisión. Las chicas, huérfanas de madre, habían llegado a depender de ella, pero al final Qui-Gon se salió con la suya, y se fueron del planeta.

¿Por eso se mostraba Tahl fría con él? Podía sentirla como una presencia en la sala. ¿Recordaba ella la discusión que habían tenido? ¿Acaso ahora sentía que tenía más razón? Las chicas estaban en peligro. Quizá si los Jedi se hubieran quedado para acabar con los últimos restos de los Absolutos, Ewane no habría sido asesinado.

Quizá. No había forma de saberlo. Y, últimamente, entre Tahl y Qui-Gon habían surgido tensiones que no te-nían nada que ver con las misiones. Tensiones que él no alcanzaba a entender del todo. Tahl había acogido a la estudiante Jedi llamada Bant como padawan, pero no la había aceptado completamente como compañera, y a menudo par-tía en misiones en solitario. Ella sabía que Qui-Gon no aprobaba esa actitud, y él sabía lo capacitada que estaba ella y lo bien que compensaba su ceguera. Sin embargo, temía que se metiera en alguna situación en la que sobrevalorara sus capacidades. Le perturbaba profundamente que Tahl necesitara ir a misiones sola.

Por mucho que intentara evitarlo, Qui-Gon no podía dejar de sentirse protector con Tahl. No era por su ceguera, sino por su necesidad de demostrar que su ceguera no era obstáculo.

—Pondremos a tu disposición un transporte y un piloto —dijo Mace Windu a Tahl—. Por favor, ponte en contacto con nosotros cada poco tiempo, ya que vas sola.

—Quiero ir con Tahl en esta misión —dijo Qui-Gon rápidamente —. Y dado que también conozco bien la situación, puedo ser útil.

—No es necesario que Qui-Gon me acompañe —dijo Tahl —. Tengo un contacto en Nuevo Apsolon. Creo que podré recoger a las chicas y volver en pocos días.

Qui-Gon señaló a Tahl.

—Con todos mis respetos, debo señalar que los Jedi hicieron enemigos en Apsolon. En ambos bandos había elementos contrarios a nosotros. Los Civilizados nos culparon de que fuera

elegido un Obrero. Los Obreros nos culparon por proponer juicios neutrales para los criminales de guerra. Tahl podría correr peligro.

—No creo que eso justifique otra presencia Jedi... —comenzó a decir Tahl, pero Yoda la interrumpió.

—Qui-Gon su opinión clara ha dejado —dijo—. Y buena es, pero un compañero en este viaje tú no deseas, y cierto que un viaje corto será. Que tu identidad ocultes a tu llegada te sugiero.

Tahl pareció aliviada.

—Así lo haré.

Qui-Gon abrió la boca para intervenir, pero Yoda le clavó la mirada.

—Entonces acordado está —dijo Yoda.

Qui-Gon no pudo hacer otra cosa que seguir a Tahl en su salida de la sala. No podía contarle su perturbadora visión al Consejo, y no se la quería contar a Tahl. Los Jedi no creían que las visiones tuvieran que regir necesariamente el comportamiento. Podían malinterpretarse fácilmente, y algunas veces estaban fundadas en temores personales que uno no llegaba a comprender del todo. No serviría de nada que Qui-Gon expresara sus preocupaciones.

En cuanto salieron de la cámara, Tahl se giró hacia él.

— No sé por qué te empeñas en interferir, Qui-Gon —dijo ella—, pero no me gusta.

—Yo estaba en la primera misión —replicó Qui-Gon—. Pensé que podría ser de ayuda.

Ella se colocó frente a él. Sus peculiares ojos veteados de oro y verde tenían más intensidad que nunca. Enarcó una ceja.

—Dime una cosa. ¿Sabías que Nuevo Ápsolon era el motivo de la reunión?

Qui-Gon no podía mentir a Tahl.

—No, no lo sabía.

La expresión de la Jedi se endureció.

—Entonces es lo que yo pensaba. Nunca me dejarás ejercer como una Jedi independiente. Como estoy ciega, consideras que necesito un cuidador.

—No...

En una inaudita expresión de enfado, ella dio una patada al suelo. Su piel color caramelo se volvió casi rosa.

—¿Entonces qué? ¿Por qué te empeñas en interferir?

—Por amistad.

Ella esbozó media sonrisa.

—Pues en nombre de la amistad, querido Qui-Gon, déjame en paz.

Ella se giró violentamente hacia el turboascensor. Él sintió la caricia de su suave túnica en la mano, y de repente se quedó solo.

Capítulo 3

Los temas que se trataban en el Consejo Jedi eran privados, pero a Obi-Wan no le resultó difícil descubrir lo que había pasado en la Sala del Consejo. Tahl se lo había contado a Bant, y Bant, angustiada, se lo había con-fiado a Obi-Wan. Según había oído, Qui-Gon irrumpió en la sala sin ser invitado y solicitó acompañar a Tahl en su misión. Obi-Wan sabía que el Consejo y Tahl se habían negado.

A Bant le apenaba el hecho de que Tahl volviera a dejarla atrás. Sí, era cierto, la misión era corta; pero Bant no podía evitar sentir que Tahl no llegaba a confiar en ella.

—Tengo que aprender a aceptarla como es y entender que ella sabe lo que es mejor —dijo Bant a Obi-Wan mientras paseaban junto al lago por la mañana temprano. Los focos de iluminación del techo imitaban un suave atardecer—. Pero me cuesta. Pensé que por fin estábamos empezando a ser compañeras de verdad. Parecía fiarse más de mí. Cada vez iba a menos misiones sola. Creo que Yoda le dijo algo sobre el hecho de que nunca me llevara con ella, pero ahora descubro que se ha ido ella sola, sin apenas despedirse de mí.

Obi-Wan sabía que, si Qui-Gon hubiera hecho eso, él estaría tan triste como Bant. Quizá más que ella. Él llevaba con Qui-Gon más tiempo que Bant con Tahl. Ellos habían tenido oportunidad de suavizar las pequeñas diferencias en su relación. Bant lo había tenido peor. Tahl era encantadora y divertida, pero muy reservada para ciertas cosas.

—Qui-Gon y yo tardamos años en asentar nuestra amistad —dijo Obi-Wan para tranquilizarla—. Sólo puedo aconsejarte que seas paciente. Lo mismo que tú me dijiste a mí en cierta ocasión.

—Pero no tengo oportunidad de acercarme a ella —dijo Bant—. Estoy demasiado ocupada aquí, sola en el Templo y pasando el tiempo sin ella.

Obi-Wan comprendía parte de su dolor. Por primera vez en mucho tiempo, él no sabía qué pensaba su Maestro.

En los días que habían pasado desde que Tahl se había ido, la ansiedad de Qui-Gon se había acentuado. Obi-Wan podía verlo.

Su Maestro había decidido continuar los ejercicios de rastreo y supervivencia con el entrenamiento físico en el Templo. Qui-Gon se dedicó a ello sin pensárselo dos veces. Estudió con los Maestros Jedi, perfeccionando sus habilidades de combate, su resistencia y su fuerza. Obi-Wan tenía que recordarle a menudo que cenara. Qui-Gon parecía cansado, exhausto.

—Ahora mismo, Qui-Gon y yo estamos distanciados —le confió Obi-Wan—. No sé por qué, pero sé que con el tiempo lo entenderé. Qui-Gon me ha dicho que ambos seguimos siendo individuos. Tenemos preocupaciones y problemas que nos pertenecen sólo a nosotros. No podemos pensar que siempre vamos a entendernos en todo. Lo único importante es el compromiso.

—Pero ¿será importante ese compromiso para Tahl? —preguntó Bant. Sus ojos plateados se clavaron en los de Obi-Wan.

—Creo que sí —respondió Obi-Wan —. Es una Jedi.

—Se suponía que la misión le llevaría dos o tres días, como mucho —dijo Bant preocupada—; pero se fue hace ya casi dos semanas.

Obi-Wan le puso la mano en el hombro. Sus palabras no podían ayudarla. Sólo esperaba que su presencia sí lo hiciera.

***

Qui-Gon intentó abstraerse con el entrenamiento. Si hacía el suficiente ejercicio conseguía mantener las preocupaciones a un lado durante un rato; pero pasaron las semanas y la acuciante sensación de que Tahl le necesitaba seguía rondándole. Ella no había enviado informes al Consejo. Pero eso no era raro. A veces ocurrían cosas que impedían el contacto durante las misiones. Yoda, con su sobriedad habitual, le había dicho que el Consejo no estaba preocupado.

Él era el único que se preocupaba. ¿Significaría eso que se equivocaba?

***

Sólo podía ver los ojos de Tahl. Normalmente brillaban como gemas verdes veteadas de oro. Ahora estaban negros y opacos, llenos de sufrimiento.

Cuando ella le vio, volvieron a brillar. "Es demasiado tarde para mí, amigo mío", dijo.

Qui-Gon se despertó sobresaltado y se llevó la mano al corazón. Si estaba sufriendo, era por la pesadilla que acababa de tener. No era real. Procuró que el ritmo de los latidos de su corazón se atenuara.

El sufrimiento era temporal. Se estaba desvaneciendo mientras su corazón recuperaba el ritmo. Pero la visión... La visión era real.

Dejó caer las piernas por el borde de la cama. *Ya basta,* se dijo a sí mismo. No iba a seguir convenciéndose de que la visión era sólo fruto de su preocupación. No iba a seguir respetando su petición de que la dejara en paz.

Ya bastaba.

Esperó a que terminara el periodo de meditación, cuan-do los miembros del Consejo se reunían para un breve encuentro. Entonces se dirigió a la Sala del Consejo.

Se encontró con Obi-Wan, que se dirigía al comedor para desayunar. Su padawan supo inmediatamente que tenía algo en mente. Obi-Wan le miró interrogante.

—Voy a la Sala del Consejo -dijo Qui-Gon.

—¿Tahl?

Él asintió.

—Voy contigo.

Qui-Gon estuvo a punto de decirle que no, pero vio la mirada decidida de Obiwan. Continuó andando, y Obi-Wan le alcanzó y avanzó a su lado.

Esta vez, Qui-Gon solicitó permiso para entrar. Necesi-taba al Consejo de su lado. Se lo dieron.

Entró en la sala y se dio cuenta de que se alegraba de que Obi-Wan estuviera allí.

—Deseo informar al Consejo de que voy a seguir a Tahl a Nuevo Ápsolon —dijo sin preliminares.

—¿Cuál es la razón de esta iniciativa? —preguntó Mace Windu. Luego entrelazó los dedos y frunció el ceño, observando a Qui-Gon.

—Tahl prometió mantener el contacto con el Consejo. No lo ha hecho. Han pasado casi tres semanas desde que se marchó. Y dijo que volvería en menos de una.

—Los Caballeros Jedi no tienen la obligación de cumplir plazos —dijo Mace Windu—, Y cada misión requiere su tiempo. Los miembros del Consejo no están preocupados.

—Yo sí lo estoy —dijo Qui-Gon firmemente.

—Completar esta misión sola Tahl quería —dijo Yoda—. Lo mejor para ella es, nosotros creemos.

—He intentado respetar sus deseos —dijo Qui-Gon—, pero percibo el peligro. Lo he visto.

—¿Una visión? —preguntó Yoda—. Sabes ya que las visiones tanto orientarnos como perdernos pueden.

—Ésta ha de orientarme —dijo Qui-Gon.

—Sabes que la confidencialidad de esta misión es crucial para Tahl —dijo Mace Windu—. Quizás ya haya emprendido el viaje de vuelta. Quizá las gemelas ya estén con ella. Esperaremos a que se ponga en contacto con nosotros.

—Yo no —dijo Qui-Gon.

Yoda intercambió una mirada con Mace Windu. Su sor-presa y su desagrado eran obvios.

—De tu preocupación por Tahl en los años, desde que quedó ciega, conscientes somos —dijo Yoda—. Natural es. Pero bueno para ella no. Encontrar su camino ella debe.

—Voy a ir —insistió Qui-Gon.

—Qui-Gon —le advirtió Mace Windu — , no estás escuchando nuestra opinión. Está claro que ya has tomado una decisión y que es inamovible. No es propio de ti tener una mentalidad tan cerrada, no es propio de un Jedi.

Qui-Gon no dijo nada. No iba a discutir con Mace Windu. Pero tampoco iba a abandonar su plan.

—Has de abrir tu mente a otros puntos de vista. Si formamos el Consejo es porque nuestra visión es más amplia que la de un único Jedi.

Qui-Gon se agitó impacientemente.

—Estoy perdiendo un tiempo precioso —dijo.

Obi-Wan le miró atónito. Qui-Gon sabía que había sido una grosería decir eso, pero estaba desesperado por salir del Templo. Daba igual lo que dictara el Consejo, él iba a marcharse.

Mace Windu parecía furioso.

—¿Reunirte con nosotros es una pérdida de tiempo? —señaló con el dedo a Qui-Gon—. Entérate, Qui-Gon Jinn. Si partes en busca de Tahlserá en contra de nuestros de-seos e indicaciones.

Era la condena más dua que Mace Windu podía dar, a excepción de prohibírselo. Qui-Gon asintió marcial. Se dio la vuelta y salió de la cámara con Obi-Wan pisándole los talones.

No se detuvo, sino que subió inmediatamente al turbo-ascensor. Obi-Wan tuvo que saltar para no quedarse fuera.

—Nunca te había viste ser tan rudo —dijo Obi-Wan, pasándose las manos por el pelo—. ¡Has desafiado a Mace Windu!

El turboascensor se abril Qui-Gon salió dando zancadas.

—Qui-Gon, espera, ¿por qué no me hablas?

El Maestro se detuvo y se giró. El rostro de su padawan estaba lleno de preocupación. Podía ver lo angustiado que parecía. Obi-Wan no comprendía que una visión pudiera llegar tan hondo como si el nunndo desapareciera y estuvieras viviendo otra realidad. Qui-Gon tenía que encontrar a Tahl. Tenía que verla, cogerla de las manos, mirarle a la cara. Tenía que cerciorarse de que seguía con vida.

—¿Te marcharás hoy a Nuevo Ápsolon? —preguntó Obi-Wan.

— En cuanto encuentren transporte.

—Entonces voy a por mi equipo de supervivencia. Nos vemos en la plataforma de lanzamiento.

Qui-Gon respiró hondo.

—No, padawan —dijo con toda la amabilidad que pudo—. No puedes venir conmigo. No puedo pedirte que desafíes al Consejo por mi culpa.

—No me lo estás pidiendo —dijo Obi-Wan.

—Hay motivos para que te quedes. No tardaré mucho.

—Eso es lo que dijo Tahl.

Qui-Gon suspiró.

—Pero, al contrario que Tahl, yo estaré en contacto contigo. Te llamaré si te necesito —miró a Obi-Wan a los ojos —. Sabes que lo haré.

Obi-Wan le aguantó la mirada. Qui-Gon se dio cuenta de que su padawan no lo comprendía. Pero, aun así, no daría su brazo a torcer.

—Mi sitio está a tu lado —dijo Obi-Wan.

Qui-Gon respiró hondo.

—Entonces, vámonos.

Capítulo 4

Antes de aterrizar en Nuevo Ápsolon, Qui-Gon y Obi-Wan cambiaron sus túnicas Jedi por la ropa que solían llevar los viajeros: túnicas cortas con capuchas de colores oscuros, y pantalones de cuero por dentro de las botas. Qui-Gon se cuidaría de ponerse la capucha en el planeta. No creía que le recordaran, pero no quería arriesgarse.

Hicieron descender la nave en una zona de aterrizaje a las afueras de la capital, que también se llamaba Nuevo Ápsolon. La ciudad era grande y ocupaba una superficie de varios kilómetros. El resto del pequeño planeta estaba dedicado a la segunda industria en tamaño: el cultivo de la piedra gris que se empleaba en casi todos los edificios. Había unas pocas ciudades y pueblos más, pero la mayoría de la población vivía en la bulliciosa capital.

Pagaron al propietario para que se quedara con su nave y cogieron un turboascensor a la superficie del planeta.

Llegaron al Sector Obrero de la ciudad. Los edificios no tenían más de seis pisos de alto, y casi todos estaban construidos con duracero de baja calidad. Los otros, con ventanas pequeñas y techos redondeados, estaban hechos de la piedra gris típica del planeta. Qui-Gon reconoció el típico diseño que resultaba demasiado frío en invierno. Más adelante se vislumbraban los elegantes y elevados edificios del Sector Civilizado. Aunque el Sector Obrero estaba más limpio y mejor cuidado de lo que Qui-Gon recordaba, su pobreza contrastaba profundamente con la luminosa ciudad que veían a lo lejos.

Nuevo Apsolon no parecía tener muchas secuelas de los enfrentamientos civiles que habían derrocado al Gobierno seis años antes. Qui-Gon había visitado planetas que habían destruido sus ciudades durante los años de conflicto. Había visto ruinas, edificios convertidos en escombros y plazas que antaño fueron espléndidas de las que sólo quedaban charcos de barro. Nuevo Apsolon no mostraba ninguna de esas señales. El Sector Civilizado seguía reluciente. La ciudad siempre había sido un centro tecnológico, y los edificios eran elevados: estructuras

impresionantes. Cualquier indicio de un enfrentamiento callejero había sido eliminado hacía tiempo.

Algo que Qui-Gon no recordaba de su última visita era la presencia de unas columnas de cristal blando de aproximadamente su altura e iluminadas por dentro. Estaban situa-das en las esquinas de las calles y en las plazas públicas. Algunas formaban grupos y otras estaban solas. Algunas brillaban con una luz blanca, otras con un azul pálido.

—¿Qué crees que son? —preguntó Obi-Wan —. No parecen servir para nada.

Qui-Gon reconoció el cruce de dos calles.

— Aquí estaba la valla electrificada que llevaba al Sector Civilizado —frente a ellos, en una pequeña plaza, se veía el mayor grupo de columnas luminosas que habían encontrado —. Vamos a ver de cerca esas columnas.

Estaban colocadas a centímetros las unas de las otras. Juntas formaban un cerrado cubo luminoso. Qui-Gon vio delante del cubo una placa pulida y negra con algo escrito en la superficie.

"EN MEMORIA DE NUESTROS COMPAÑEROS, OBREROS TODOS, CUARENTA EN TOTAL, QUE MURIERON A MANOS DE LAS FUERZAS ABSOLU-TAS MIENTRAS INTENTABAN ROMPER LA VALLA ELECTRIFICADA."

Obi-Wan contó las columnas.

—Hay cuarenta, una por cada Obrero. Son monumentos conmemorativos.

—Se ha señalado cada lugar en el que murió un Obrero —supuso Qui-Gon.

Los dos Jedi contemplaron las columnas luminosas. Ahora parecían cobrar la presencia de seres humanos. Qui-Gon podía imaginar a los cuarenta Obreros avanzando hacia la valla electrificada. Quizá lo hicieron cogidos del brazo.

—Recuerdo que en nuestra misión a Melida/Daan me impresionó muchísimo la devastación de la ciudad —dijo Obi-Wan—. Cada resto estaba lleno de tristeza. Se veían las vidas rotas y perdidas. Y esto, de alguna manera, es igual de terrible. La ciudad no está afectada, pero se han ido tantos seres. Y la vida

continúa a su alrededor —Obi-Wan tocó el cristal—. Es bueno tener presente todo lo que se perdió.

—Sí, pienso lo mismo —Qui-Gon también se sentía conmovido por el testimonio mudo de aquellas columnas.

Siguieron caminando y dejaron atrás el sitio donde antaño se levantó la valla electrificada. El puesto de control seguía en pie: una cabina de seguridad blindada. Al otro lado de la parte frontal, alguien había escrito en la pared: "ROAN ASESINO".

Cuando entraron en el Sector Civilizado, vieron más pintadas parecidas. "FUERA ROAN" decían algunas, "ARRIBA EWANE, MUERTE A ROAN" decían otras. Unos Obreros uniformados intentaban quitar las pintadas de la piedra pulida.

—Reina el descontento bajo la superficie —dijo Qui-Gon.

—Puedo percibirlo —asintió Obi-Wan—. La gente está enfadada.

Cada vez había más gente en las calles. La diferencia entre el Sector Civilizado y el Obrero era obvia. Los Civilizados tenían todo lo propio de la riqueza: ropas de calidad, deslizadores relucientes... Como era mediodía, los ricos estaban en la calle, hablando en grupos reducidos o en los opulentos cafés diseminados por la amplia avenida. Los Obreros llevaban túnicas lisas y pantalones, y pare-cían muy ocupados con sus recados. No paseaban ni disfrutaban del día.

—Tenemos que informar en un puesto de seguridad —dijo Qui-Gon—. Es obligatorio para todos los visitantes. Una mera formalidad, pero puede que averigüemos algo.

Los edificios del Gobierno estaban agrupados en un amplio distrito, todos ellos construidos alrededor de una serie de grandes cubos unidos entre sí, llenos de flores y bancos para sentarse. Al contrario que las relucientes estructuras elevadas que les rodeaban, no eran muy altos y tenían más adornos, columnas, cornisas. Así como grandes escale-ras que llevaban hacia las relucientes puertas metálicas.

Obi-Wan y Qui-Gon recibieron una cordial bienvenida en el mostrador de la entrada principal del Edificio de Servicios de Administración, y fueron guiados al despacho del Jefe del Control de Seguridad. Era un hombre de torso y hombros muy fuertes,

baja estatura e incipiente calvicie. Se levantó y les saludó con la cabeza.

—Soy Balog, su receptor oficial. Bienvenidos a Nuevo Apsolon. Gracias por cumplir de inmediato con los procedimientos de llegada. ¿Puedo preguntar el motivo de su visita?

—Hemos oído hablar de los placeres de Nuevo Apsolon —dijo Qui-Gon—. Somos turistas.

Balog asintió.

—El turismo no está prohibido... de momento, pero he de advertirles de que el Gobierno está a punto de emitir un comunicado oficial para todos aquellos que estén planeando visitar Nuevo Apsolon. El planeta es un lugar peligroso para los forasteros. Nuestro líder está siendo perseguido, y hay mucho descontento. Los ánimos están excitados. La sociedad es un polvorín. No puedo garantizarles su seguridad.

—No hemos venido en busca de seguridad —dijo Qui-Gon—. No pretendemos quedarnos mucho tiempo, y tendremos cuidado.

Balog asintió.

—Entonces disfruten de su visita.

Qui-Gon se dirigió hacia la puerta, pero hizo como que dudaba.

—Ha mencionado que su líder está siendo perseguido. Y hemos oído que el anterior fue asesinado. ¿Cree que Roan también corre peligro?

—Hay gente que piensa que fue él quien conspiró para matar a Ewane —dijo Balog—. Obviamente, eso es falso. Pero ahí es donde reside el peligro. Esa gente quiere venganza. Nosotros la tenemos bajo control. Ewane era un gran hombre, pero Roan también lo es. Es un Civilizado con mucha riqueza, pero incluso antes de la revolución no sangrienta desafió a los miembros de su partido a ayudar a los Obreros. Yo soy un ejemplo de ello. Gracias a Roan obtuve este puesto. Y ha hecho lo mismo por otros. Roan cuenta con apoyo entre los Obreros. Los que sospechan de su culpabilidad en el asesinato no son más que una mayoría ruidosa.

—Las hijas de Ewane están escondidas, ¿no?

Balog pareció sorprenderse.

—En absoluto. Fueron acogidas por Roan tras la muerte de su padre. Viven en la residencia oficial, a dos manzanas de aquí.

Capítulo 5

Mientras salían del edificio de seguridad, Obi-Wan miró a su Maestro y se dio cuenta de que estaba preocupado. Si las gemelas estaban a salvo, ¿por qué habían llamado a Tahl?

—¿Crees que las gemelas no quieren que Ápsolon sepa que tienen miedo?

—Es lo más probable —dijo Qui-Gon—, pero sigue siendo raro que mintieran sobre lo de estar escondidas. Creo que es hora de ir a verlas.

Preguntaron el camino a un viandante. Todo el mundo sabía dónde estaba la residencia de Roan. Era un elegante edificio de la misma piedra gris claro, situado no muy lejos de allí. Qui-Gon se quitó la capucha al entrar. Sabía que ten-dría que dar su verdadera identidad para que le permitieran ver a las gemelas.

En el puesto de control, la pantalla se puso azul, y una voz le preguntó su nombre. Qui-Gon se lo dijo, explicando que era amigo de Eritha y Alani.

—Dé un paso adelante para el escáner de retina.

Qui-Gon y después Obi-Wan pasaron por el examen. El Maestro Jedi no puso objeciones. Le alegraba comprobar que las medidas de seguridad eran tan estrictas.

Finalmente, la puerta se abrió y ambos entraron en el ala privada de la residencia. Allí, dos chicas esperaban en una habitación alegremente decorada y con una chimenea encendida. Eran idénticas. Tenían el pelo rubio, largo y trenzado, y en sus finas caras resaltaban unos ojos oscuros y brillantes. Ambas esbozaron maravillosas sonrisas al ver a Qui-Gon.

—¡Qui-Gon! —gritaron al unísono, y corrieron hacia él. Qui-Gon las saludó con una inclinación de cabeza. —No estaba seguro de que me reconocierais. —Pues claro que sí —Qui-Gon no sabía muy bien quién era la que había hablado. Hacía seis años, Alani era ligeramente más alta que Eritha, pero ahora eran de la misma estatura.

Como dándose cuenta de su problema, la otra chica sonrió.

—Soy Eritha. Ella es mi hermana Alani.

—Me temo que no puedo distinguiros —dijo Qui-Gon.

—Es complicado, pero con el tiempo la gente lo consigue —respondió Eritha.

—Sólo algunos —dijo Alani—. ¿Por qué estás en Nuevo Ápsolon? ¿Es una misión Jedi?

—No exactamente. Dejad que os presente a mi padawan, Obi-Wan Kenobi.

—Tus amigos son nuestros amigos —dijo Alani—. Nunca olvidaremos lo que hiciste por nosotras hace seis años.

—¿Qué tal está Tahl? —preguntó Eritha, ansiosa—. Esperábamos que viniera contigo.

—Tahl está en Nuevo Ápsolon, pero todavía no me he puesto en contacto con ella —dijo Qui-Gon —. ¿No la lla-masteis vosotras?

Las gemelas se miraron sorprendidas.

—No —dijo Alani —. ¿Por qué íbamos a hacerlo?

—¿No os sentís en peligro? —preguntó Qui-Gon—. Desde el asesinato de vuestro padre, quizá no os sintáis seguras en Nuevo Apsolon.

—Aquí, con Roan, estamos a salvo —dijo Eritha—. Era el mejor amigo de nuestro padre. Nos protegerá. Tene-mos todo lo que necesitamos y no tenemos por qué salir si no queremos. Tenemos hasta un jardín privado en la parte trasera de la residencia.

—Te veo preocupado, Qui-Gon —dijo Alani—. Obvia-mente, Eritha y yo sabemos que hay personas en Nuevo Ápsolon que creen que Roan hizo matar a nuestro padre. Pero nosotras no.

—Roan ha sido como un padre para nosotras —dijo Eritha —. Y tras la muerte del nuestro, vimos lo mal que lo pasó. Era sincero. No nos permitió salir de la residencia. Nos dijo que, en adelante, él sería nuestro padre.

—Somos una familia —dijo Alani.

Qui-Gon asintió. No iba a poner en duda las creencias de las chicas. Pero tampoco las iba a tomar como verdaderas. Las había conocido cuando tenían diez años, devastadas por los conflictos de su planeta y echando de menos a su padre, que pasó muchos años en prisión. Habían quedado a cargo de los seguidores de Ewane, que habían demostrado la devoción por su líder al acoger a sus dos hijas. Quizá seguían sin ser capaces de soportar la

complejidad de un planeta en el que el sabotaje y la corrupción estaban a la orden del día. La acogedora habitación y el recinto privado le indicaron que las niñas seguían bajo protección.

—¿Así que no sabíais que Tahl estaba en Nuevo Ápsolon? — preguntó Qui-Gon.

Ellas negaron con la cabeza.

—Si está, me gustaría que viniera a vernos —añadió Alani.

Qui-Gon asintió. Un sentimiento de temor creció en su interior. Si las chicas no eran las que habían llamado a Tahl, ¿quién lo había hecho? Y ¿dónde estaba Tahl?

Capítulo 6

Sin pistas, Qui-Gon decidió que la observación era la mejor estrategia hasta que elaboraran un plan de acción. Pasearon frente a los edificios del Gobierno, comentando las fuertes medidas de seguridad de la zona. Todo el mundo parecía alerta.

Obi-Wan leyó una inscripción en un edificio sin ventanas que había por allí. Al contrario que sus elegantes vecinos, era cuadrado y largo.

—Son los antiguos cuarteles de los Absolutos —dijo a Qui-Gon—. Ahora es un museo.

—Vamos a entrar —sugirió Qui-Gon—. Los Absolutos pueden seguir teniendo algo de poder aquí. Grupos como ése no se disuelven tan fácilmente. Cuanto más sepamos de ellos, mejor.

Pagaron una pequeña cantidad por la entrada y se encontraron en un recibidor de techo bajo y sorprendente-mente pequeño. Grabada en el arco de piedra que dominaba la entrada al resto del edificio leyeron la inscripción: "LA JUSTICIA ABSOLUTA REQUIERE UNA LEALTAD ABSOLUTA". Una mujer fibrosa y de baja estatura se les acercó vestida con una túnica azul marino y pantalones. Tenía el pelo corto y de un negro oscuro. Obi-Wan se dio cuenta de que tenía la mano derecha torcida, y los nudillos grandes y nudosos.

—Bienvenidos. Soy Irini, su guía. Todos los guías del museo fueron prisioneros de los Absolutos. Comencemos el recorrido.

La siguieron por debajo del arco y a través de un largo pasillo, al que accedieron a través de una gruesa puerta de duracero. Se encontraron en una zona de celdas. Pasaron por el desierto mostrador de seguridad, a través de la fila de celdas.

—Aquí retenían a los prisioneros antes de enviarlos al proceso de "reclasificación", que era el término empleado por los Absolutos para la tortura —explicó Irini. En su voz había calma y frialdad—. A menudo se los mantenía sin comida ni agua durante un largo periodo de tiempo para debilitarlos. No tenían derecho a defenderse ni a contactar con sus familias. Si están de visita en nuestro planeta, habrán visto los numerosos monumentos conmemorativos, sobre todo en el Sector Obrero. Las columnas

blancas se levantaron en honor a los que dieron su vida en ese lugar. Las columnas azuladas están ahí en memoria de los que fueron detenidos por los Absolutos. Mi columna está en la calle Teligi.

Irini se detuvo antes de llegar a la última celda.

—Estuve retenida aquí durante tres días. Luego me llevaron a la zona de reclasificación. Estuve presa seis meses.

—¿Por qué la arrestaron? —preguntó Obi-Wan. Dado que Irini era la guía, Obi-Wan supuso que preguntar aquello era correcto.

—Además de trabajar en el Sector Tecnológico, dirigía un periódico de los Obreros —dijo Irini—. Escribíamos sobre el cambio a través de la protesta pacífica. Nuestra actividad no era ilegal, pero los Absolutos nos acusaron de instigar a la violencia. Las acusaciones eran falsas. Tenían miedo de nuestra influencia sobre el resto de los Obreros. Técnicamente, los Obreros tenían libertad de expresión; pero lo cierto es que los Absolutos intentaban controlar lo que decíamos o hacíamos.

—¿Podíais votar? —preguntó Obi-Wan con curiosidad.

—Técnicamente, sí, claro; pero la Autoridad Ciudadana, que es el nombre que solía tener nuestra Legislatura Unida, instaló en el Sector Obrero los sistemas de voto más anticuados. Esos sistemas solían romperse, o los Obreros no conseguían registrarse. Los votos no se contaban. Las apelaciones pidiendo recuentos eran ignoradas. Pronto nos dimos cuenta de que para canalizar el cambio teníamos que tomar medidas más drásticas.

— Sabotaje —dijo Qui-Gon.

Ella asintió.

—Sí, ésa fue la estrategia principal. Cuando me libera-ron me uní a este movimiento. Éramos Obreros de alta tecnología que enviábamos productos a la galaxia. Si los productos resultaban ser defectuosos, los beneficios caían. La principal preocupación de los Civilizados era los beneficios. Acabaron dándose cuenta de que la única opción que tenían era negociar con nosotros. Fue una lucha larga y ardua. Os demostraré lo difícil que fue. Acompañadme a las salas de tortura.

Irini les guió sala tras sala, cada una diseñada para un tipo diferente de detención o tortura. Algunas estaban va-cías, pero las

gruesas paredes y puertas decían más acerca de lo que tuvo lugar allí que cualquier dispositivo tecnológico. En una de las salas había un único objeto: un dispositivo con forma de ataúd fabricado con duracero y materiales plastoides. Tenía una abertura estrecha en la parte superior.

—Éste es un contenedor de privación sensorial —dijo Irini lentamente—. Todos fueron destruidos menos éste, que guardamos como recuerdo de lo que tuvo lugar aquí. Algunas personas estuvieron tanto tiempo dentro del contenedor que se volvieron locas. A otros les dieron sustancias paralizadoras y murieron dentro.

Les guió hasta otra cámara que mostraba pantallas en una de las paredes. Tras las pantallas, una lente proyectora emitía desde la pared trasera.

—Pero esto es lo que más miedo nos daba. Aquí es donde nos obligaban a contemplar las torturas de los demás. Algunas veces eran personas que conocíamos: amigos, familiares... Los Absolutos utilizaban sondas robot para monitorizar a los Obreros. Mantenían un seguimiento intensivo de los datos vitales de cada uno de ellos para tenernos controlados. Podían encontrar a cualquiera si lo necesitaban —Irini se quedó mirando las pantallas en blanco—. Se enteraron de que yo estaba prometida y encontraron a mi novio.

Obi-Wan se quedó sin aliento. No podía ni imaginar qué clase de mente podía ser capaz de elaborar semejante tortura. Esta vez no se sintió con fuerzas para preguntar a Irini lo que había ocurrido.

Irini le miró.

—Pero los Absolutos no sabían que, de ese modo, los que eran torturados eran también conscientes de que había otros contemplándolos. Los Absolutos sólo pensaban en el dolor que podían infligir, el doble dolor de la víctima y el observador; pero a las víctimas les animaba saber que podían ser valientes por aquellos que les conocían y que les querían. Aguantarían cualquier cosa por amor. Las sondas robot son ilegales ahora en Nuevo Apsolon. Nadie quiere revivir aquella época.

Volvió a contemplar las pantallas.

—En este lugar, me despedí muchas veces de la vida. Pero conseguí sobrevivir.

—Debe de ser duro regresar —dijo Qui-Gon —. Pero aquí estás, guiando las visitas.

—Recordar es lo más importante —dijo Irini. En la penumbra, alzó su mano torcida—. Me considero afortuna-da por haber salido de aquí con sólo una mano dañada. Me la rompieron para que no pudiera trabajar en el Sector Tecnológico, pero fueron tan estúpidos que no se dieron cuenta de que soy zurda. Trabajaba igual de rápido cuando salí. Puede que incluso más. No me costó encontrar otro empleo —su sonrisa era sorprendentemente brillante e iluminaba su rostro tenso y demacrado—. Tenía una causa por la que trabajar.

—¿Fueron arrestados todos los Absolutos? —preguntó Qui-Gon.

Irini negó con la cabeza mientras les guiaba por un pasillo hacia el piso inferior, pasando ante otra fila de celdas. El pasadizo tenía el techo tan bajo que un adulto no hubiera sido capaz de mantenerse en pie. Tuvieron que agacharse para entrar. A Irini se le abrió ligeramente la túnica al agacharse, y Obi-Wan vio que llevaba una pequeña cadena con un emblema de plata alrededor del cuello. La delicadeza de la joya contrastaba enormemente con sus modales bruscos y su ropa austera.

—De ninguna manera. Muchos de los que fueron Absolutos siguieron operando en la clandestinidad. Algunos gozaban de la protección de poderosos aliados entre los Civilizados. Hace poco se encontraron unos archivos de los Absolutos. El Gobierno los clasificó. Ésa es una de las razones por las que seguimos luchando. Queremos que los archi-vos se hagan públicos para poder saber quiénes eran nuestros enemigos.

—¿Por qué se clasificaron? —preguntó Obi-Wan.

Irini les guió hasta el exterior de la pequeña estancia, y de vuelta a la pasarela. Obi-Wan soltó un suspiro de alivio que intentó ocultar. Después de unos pocos segundos en el pequeño espacio oscuro sintió un peso que le oprimía.

—Los que están en el poder dicen que la publicación de los archivos comprometería los esfuerzos que se están realizando para encontrar a los criminales. También había meros burócratas

entre los Absolutos: secretarias, ayudantes, técnicos, que no estuvieron involucrados en torturas o detenciones. ¿Qué clase de castigo se merecen, si es que se merecen alguno? El Gobierno teme que publicar los nombres de esas personas genere una situación fuera de la ley y la posibilidad de que la gente se tome la justicia por su mano. Dicen que todas las personas de esas listas tienen que ser investigadas antes de salir a la luz, pero hay algunos Obreros que no están de acuerdo con eso. Según ellos, es otro intento de proteger a los criminales. Roan prometió publicar los archivos en cuanto fuera elegido, pero no lo ha hecho.

—Todavía —dijo Qui-Gon.

—Todavía —dijo Irini —. Puede que nunca lo haga. Después de todo, es un Civilizado.

Abrió la puerta que conducía de nuevo a la zona principal del edificio. Una corriente de aire pasó por el vacío, agitando la túnica de Qui-Gon. Irini permaneció en pie frente a él, sujetando la puerta, y se quedó mirando el cinturón de utilidades del Jedi.

Sus ojos oscuros relucieron de asombro.

—Eres un Jedi.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Qui-Gon.

— Sé reconocer un sable láser cuando lo veo —Irini les miró de hito en hito—. Debería haberme dado cuenta de que no erais simples turistas. ¿Por qué habéis venido? ¿Os ha hecho llamar Roan? ¿Tan mal están las cosas para él en Nuevo Apsolon que cree necesario llamar a los Jedi para que nos protejan?

—Me da la impresión de que no te fías de Roan —dijo Qui-Gon.

La mirada de Irini se quedó vacía. Le miró fríamente.

—Por estúpidos que fueran, los Absolutos me enseña-ron una cosa —dijo ella—. No te fíes de nadie.

Capítulo 7

Al salir del museo, la mente de Obi-Wan estaba llena de reflexiones sobre lo que acababa de ver. No podía entender la decisión de Irini de seguir acudiendo a ese edificio y guiar las visitas, volver a un sitio en el que había sido torturada y humillada. Entonces recordó a Bant. Estuvo a punto de morir en el la catarata del lago, en el Templo; pero seguía siendo su sitio favorito para ir a nadar. Decía que era mejor recordar que olvidar.

Pero ¿hasta qué punto era bueno recordar? ¿Cómo sabía uno cuándo apartar los recuerdos?

Miró a Qui-Gon y estuvo a punto de formular la pregunta, pero su Maestro no parecía de humor para filosofar. Aunque no tenían un propósito definido, él mostraba una expresión rígida mientras caminaba decidido por la avenida.

—Algo va mal —dijo Qui-Gon casi sin aliento—. Puedo sentirla. Sé que está aquí. Está cerca. Pero algo va mal.

La expresión de Qui-Gon no cambió, ni su ritmo; pero Obi-Wan sintió que su concentración había variado.

—No te des la vuelta, Obi-Wan —dijo Qui-Gon—. Cuando lleguemos al final de la avenida, gira a la derecha. Creo que hay un callejón. En cuanto giremos, ponte a cubierto.

—¿Hay problemas? —preguntó Obi-Wan con el mismo tono calmado.

—Una sonda robot.

—Pensé que eran ilegales.

—Parece que, pese a ello, siguen utilizándose. Podría ser mera vigilancia. Quizá no nos esté siguiendo, pero creo que sí. Veamos su reacción.

Llegaron al callejón, y Obi-Wan se metió rápidamente, con Qui-Gon pisándole los talones. Era una zona de servicio de los edificios de la calle. Había gravitrineos junto a algunas puertas, y una nave para el transporte de mercan-cías frente a una entrada secundaria.

Sin intercambiar palabra, Qui-Gon y Obi-Wan se es-condieron detrás de la nave. La sonda robot se metió por el

callejón y se movió de un lado a otro con los sensores parpadeando, buscándoles.

Qui-Gon no se movió. Obi-Wan sabía que su Maestro estaba esperando a ver qué pasaba. ¿Estaría la sonda robot programada para continuar con la búsqueda? ¿Hasta qué punto insistiría?

La sonda robot subió y bajó por el callejón, buscando movimiento. Los Jedi estaban entrenados para mantener una quietud perfecta. Ni siquiera parpadeaban. Podían ralentizar el ritmo respiratorio y las constantes vitales para que ni el androide más sensible lo detectara.

La sonda robot no salió del callejón. Se movía lenta-mente, subiendo y bajando.

—No se va. Bien —susurró Qui-Gon —. Vamos a provocarla.

Se levantó rápidamente y caminó hacia el centro del callejón. La sonda robot detectó el movimiento de inmediato y se situó para colocar a Qui-Gon dentro de su radio de alcance. Con un gesto que no pareció intencionado, Qui-Gon saltó por los aires, activando su sable láser, y cortó a la sonda robot con un movimiento suave y medido.

—Y ahora veamos qué... —comenzó, pero le interrumpieron unos disparos láser desde arriba.

El fuego láser estaba tan cerca de su Maestro que a Obi-Wan le dio un vuelco el corazón. Sin embargo, eso no le impidió activar su propio sable láser y saltar hacia delante para protegerlo. Si los reflejos de Qui-Gon se hubieran retrasado medio segundo, le habrían derribado. Pero el disparo láser sólo le había desgarrado la manga de la túnica.

— ¡Quédate a cubierto! —gritó Qui-Gon a Obi-Wan.

Puede que Obi-Wan arriesgara mucho para correr al lado de su Maestro, pero le daba igual. El fuego surgía incansable desde arriba mientras corrían de un lado a otro del callejón, empuñando los sables láser. Atrapados en el estrecho espacio, eran objetivos fáciles.

—Tenemos que subir al tejado —dijo Qui-Gon—. Activa tu lanzacables cuando puedas.

Obi-Wan tuvo que acoplar sus movimientos a los disparos láser que procedían de arriba. Necesitaba los cinco sentidos para

mantener los movimientos defensivos. Consiguió activar el lanzacables mientras avanzaba de lado hacia la pared del edificio. Se elevó en el aire mientras los disparos láser le pasaban rozando.

Obi-Wan saltó sobre el tejado. Se dio cuenta de que los disparos habían cesado hacía unos segundos. Recorrió la azotea con la mirada mientras Qui-Gon saltaba tras él.

—Ahí —dijo Qui-Gon.

Corrieron hacia el extremo de la azotea, donde había unos cuantos objetos amontonados. Primero examinaron la zona, mirando hacia la calle por si su atacante había regresado al callejón. Luego escudriñaron los tejados vecinos

para ver si había saltado. No parecía haber vía de escape que permitiera al atacante escapar tan rápidamente.

Volvieron a la pila de objetos. Qui-Gon se agachó y recogió un pequeño transmisor.

—Para la sonda robot. Y aquí hay un equipo de munición —se lo alcanzó a Obi-Wan—. Parece que se trataba de una sola persona, pero tenía al menos dos pistolas láser. Los disparos eran constantes.

Obi-Wan contempló el equipo. Estaba hecho de cuero. En uno de los laterales tenía grabada una insignia. Se agachó para enseñárselo a Qui-Gon.

—Lo reconozco. Irini llevaba un collar con el mismo emblema.

—Por fin —dijo Qui-Gon—. Ya tenemos algo por lo que empezar.

Capítulo 8

La noche había caído y el aire refrescaba mientras Qui-Gon y Obi-Wan esperaban a la entrada del Museo de los Absolutos. Llevaban las capuchas puestas y se ocultaban en las sombras de un monumento situado justo enfrente del edificio.

Enseguida recibieron su recompensa. Un grupo de gente comenzó a salir del edificio, y no tardaron en distinguir la figura de Irini. Ella se quitó la capucha mientras bajaba por la escalinata y tomaba la avenida principal.

Los Jedi se mezclaron entre la gente de la avenida sin perder de vista a Irini. La joven subió en un aerobús propulsado, y ellos se las arreglaron para saltar sobre la plataforma trasera. Por suerte, el aerobús estaba repleto. Todos los Obreros volvían a casa.

El aerobús avanzó a toda prisa y sin detenerse por los bulevares y avenidas del Sector Civilizado. Se adentró en el Sector Obrero y comenzó a realizar paradas. Los Obreros fueron bajándose en distintos puntos. Irini seguía allí, en mitad del aerobús y con la mano apoyada sobre una barra. Dirigía su mirada ausente a las oscuras calles.

Qui-Gon se acercó a Obi-Wan.

—Nos bajaremos dentro de poco, aunque Irini no lo haga. No podemos arriesgarnos a que nos vea. Tendremos que seguir al aerobús a pie.

Les costaría un poco correr por las atestadas calles. Obi-Wan asintió. Mejor arriesgarse a perder a Irini que a ser descubiertos. Sabían dónde trabajaba: siempre podrían encontrarla de nuevo.

En ese momento, Irini comenzó a acercarse a la salida. El aerobús se detuvo en la siguiente parada. Antes de hacer una señal a Obi-Wan para saltar de la plataforma, Qui-Gon se aseguró de que Irini se había bajado.

Irini anduvo rápidamente por las calles, intercambiando de vez en cuando una sonrisa o un rápido saludo. La gente iba de un lado a otro buscando comida para la cena, o pasando el tiempo en las cafeterías. Madres y padres llevaban a sus hijos consigo, y las luces comenzaron a encenderse en el distrito de los Obreros.

Podían ver familias inmersas en sus rutinas, niños inclinados sobre datapad, y adultos preparando la cena o simplemente sentados en la ventana, contemplando el regreso a casa del resto de los habitantes de Nuevo Ápsolon.

Las calles comenzaron a estrecharse, y cada vez había menos Obreros. Qui-Gon y Obi-Wan redujeron el ritmo de sus pasos, permitiendo que Irini les adelantara considerablemente. Ella estaba comenzando a utilizar los reflejos de las ventanas para ver si la seguían.

—Está comprobando si la vigilan —murmuró Qui-Gon.

Irini cruzó la calle. Con un suave codazo, Qui-Gon indicó a Obi-Wan que retrocediera. Se quedaron ocultos en las sombras mientras Irini, fingiendo que miraba los coches, observaba cuidadosamente la calle. Satisfecha al verla vacía, la mujer se apresuró a entrar en un edificio de piedra lisa que iba a ser demolido junto con el edificio de al lado. Un letrero decía: "CONSTRUYENDO UN FUTURO MEJOR PARA TODOS: EDIFICACIÓN DE NUEVAS VIVIENDAS OBRERAS DE LUJO".

Qui-Gon también escudriñó cuidadosamente la calle antes de cruzar, con Obi-Wan siguiéndole de cerca. Obi-Wan se dirigió a la puerta del edificio al que había entrado Irini, pero Qui-Gon le detuvo. Había estado contemplando el edificio de al lado.

—Vamos a probar primero en ése —dijo.

La puerta estaba cerrada con un gran candado de dura-cero, pero Obi-Wan lo cortó fácilmente con su sable láser. Empujaron la puerta y se quedaron un momento en el vestíbulo, a oscuras.

—No quiero correr riesgos utilizando la barra luminosa —dijo Qui-Gon—. Espera hasta que la vista se adapte a la oscuridad.

Obi-Wan dudaba que pudiera verse la luz de una barra luminosa desde el otro edificio, pero hizo lo que Qui-Gon le dijo. En unos instantes, sus ojos se habían adaptado a la profunda oscuridad interior. Vio que estaban en un pequeño vestíbulo que parecía haber albergado en el pasado una centralita de datapad, quizá para los mensajes y el correo de los habitantes del edificio. La habían arrancado, y las piezas de la consola estaban desparramadas por el suelo. Había un turboascensor, pero era

obvio que estaba fuera de servicio. Una escalera cubierta de escombros conducía al piso superior.

Qui-Gon comenzó a subir.

—He visto desde fuera que algunas plantas de este edificio están conectadas al otro, probablemente para ampliar los apartamentos —susurró a Obi-Wan—. Quizá podamos acercarnos lo suficiente a Irini como para saber qué ocurre.

Qui-Gon se detuvo en el primer rellano, escuchando detenidamente. Obi-Wan hizo lo mismo, pero no oyó nada. Siguieron subiendo, parándose en cada planta. Subieron hasta el quinto piso antes de oír algo. Era un murmullo suave, nada más. Se dirigieron hacia el sonido.

Era tan débil que lo perdieron un par de veces. Intentaron aislar los ruidos propios del edificio: la corriente de brisa nocturna por una ventana abierta, el recorrido del polvo por el suelo. Entonces volvieron a oír el murmullo y siguieron avanzando.

Pasaron por habitaciones abandonadas y encontraron restos de la gente que había vivido allí: colchones estrechos, viejos y sucios, una sartén abollada en el suelo, una bota, un datapad del tamaño de una mano que parecía haberse fundido con el suelo, y una habitación que daba a otra como si de un laberinto se tratase. Obi-Wan se dio cuenta de que hubo un tiempo en el que había demasiadas personas amontonadas en esas habitaciones demasiado pequeñas.

Qui-Gon se detuvo.

—Ahora estamos en el otro edificio —susurró a Obi-Wan—. Están muy cerca.

Obi-Wan podía sentir la presencia de otras personas, así como escucharlas; pero la calidad del sonido estaba mermada y les desorientaba. Se detuvo para concentrarse.

Avanzaron como uno solo. Ambos habían descubierto la fuente del sonido. Estaba detrás de un armario. Qui-Gon abrió la puerta. Vieron una rendija que subía del techo al suelo y por la que se filtraba luz. Se introdujeron en el armario y pegaron las orejas a la rendija.

La habitación de al lado estaba iluminada sólo con una barra luminosa a baja potencia, pero podían distinguir claramente a Irini, que estaba sentada en un semicírculo, acompañada de otros

hombres y mujeres. Todos iban vestidos de forma similar, con túnicas o capas oscuras.

Las palabras de Irini les llegaron con toda claridad.

—Los he visto con mis propios ojos, y os digo que fue Roan quien los trajo —dijo.

— ¿Lo han admitido ellos? —preguntó uno del grupo.

—¿Por qué iban a hacerlo? Son la herramienta de Roan. Los Jedi han sido enviados aquí para asegurar la permanencia del Gobierno. Y si, tal y como están las cosas, el Gobierno se queda, ninguno de los Absolutos será llevado ante la justicia. Por lo tanto, son nuestros enemigos.

—Con todo respeto a mi colega Obrera Irini, los Jedi fueron parte neutral hace seis años —dijo una mujer de voz tranquila—. Apoyaron la voluntad del pueblo, al margen de las consecuencias que ello conllevaba.

— Su función era únicamente mantener la paz —intervino otro hombre—. ¿Por qué son ahora el enemigo?

—Porque nosotros no queremos la paz —dijo Irini, orgullosa —. Sino la justicia. Tenemos que desenmascarar al asesino de Ewane.

Otra mujer tomó la palabra.

—Hemos acordado que antes de planear el desenmascaramiento de Roan tenemos que hallar pruebas de su culpabilidad. Y aún no las tenemos.

—Pero las tendremos —dijo otro—. Yo creo que Irini tiene razón. Los Absolutos se han reagrupado. Eso lo sabemos. Su poder es mayor cada día. Roan tiene que estar detrás de ello. Y si ha hecho venir a los Jedi, ellos tienen que estar al tanto.

—¿Tú qué opinas, Lenz? —preguntó la mujer de voz tranquila.

El hombre al que dirigió la pregunta no había abierto la boca, pero Obi-Wan se había fijado en él. Contemplaba al resto con mirada seria y reflexiva. Aunque estaba encogido y con las manos colgando en el regazo, mostraba un aura de poder. Tenía la cara delgada, más delgada que Irini. Obi-Wan no supo por qué, pero se dio cuenta de que Lenz había pasado por un gran sufrimiento en algún momento de su vida, sin duda a manos de los Absolutos.

—Tengo nueva información —dijo Lenz—. Un nuevo grupo de líderes se han alzado en el nuevo Orden Absoluto. Nadie conoce su identidad. Están haciendo esfuerzos sobrehumanos por ocultarse. Lo único que sabemos es que son muy inteligentes. Ha comenzado el acoso a nuestro movimiento. Hemos recibido informes de un aumento en la vigilancia. Tenemos que tener cuidado.

—¿Y esto qué tiene que ver con los Jedi? —preguntó alguien.

—Puede que nada. Pero todo podría ser una señal de la desesperación de Roan. Primero respalda un cambio de dirección en los Absolutos para aplastar cualquier tipo de oposición. Luego, en una demostración de buena fe con la galaxia, pide ayuda a los Jedi. Lo que más le interesa es que las cosas se queden como están mientras él consolida su poder.

Hasta Irini escuchaba a Lenz con respeto.

—¿Entonces qué hacemos?

—Primero tenemos que cambiar de punto de encuentro. Cada semana en un sitio distinto. Winati, tú te encargarás de encontrar un sitio. Mohn, tu labor será contárselo a los demás.

Lenz se detuvo de repente y cogió el intercomunicador. Quizá vibró, señalando una comunicación entrante. Escuchó un momento y apagó el dispositivo.

—Los Absolutos. Es una redada.

La voz de Lenz no mostraba prisa, pero el grupo se levantó inmediatamente y se movió como una sombra. Nadie reaccionó. Nadie abrió la boca ni mostró confusión. Era obvio que estaban entrenados para aquello.

Winati salió rápidamente por una puerta camuflada en la pared. Una escalera conducía hacia arriba. Esperó a que todos los demás salieran y luego salió ella. La puerta se cerró.

—Puede que vaya a la azotea —murmuró Qui-Gon—. Vamos a esperar a ver quiénes son.

Un momento después, la puerta se abrió de golpe. Un escuadrón de hombres vestidos de negro apareció por la entrada con las pistolas láser a la altura de las caderas. El jefe avanzó unos pasos.

—Demasiado tarde —dijo, mirando un dispositivo que llevaba en el cinturón.

—Tenemos problemas —murmuró Qui-Gon mientras comenzaba a retroceder.

El dispositivo era un sensor de calor. Apuntó a la pared tras la cual se hallaban ellos, y ésta comenzó a relucir.

Obi-Wan se echó hacia atrás, pero la estancia era tan estrecha que no podían moverse rápido. Un momento después, una herramienta cortante abrió un agujero en la pared. Apareció una bota. La pared se hizo añicos, y el jefe apareció por el hueco.

Obi-Wan tenía la mano en la empuñadura del sable, pero miró rápidamente a su Maestro.

—Ríndete —dijo Qui-Gon con calma.

En un instante, les tenían rodeados.

Capítulo 9

Qui-Gon dejó que le atosigaran mientras bajaba las escaleras. Sus captores no dijeron nada, y él no consideró necesario formular ninguna pregunta ni comentario. No estaba seguro de si sabían que Obi-Wan y él eran Jedi. Suponía que pensaban que eran Obreros.

En el cochambroso vestíbulo, les vendaron los ojos con gruesas tiras de tela. Los esposaron con dispositivos electrónicos y los sacaron a trompicones por la puerta. Qui-Gon sintió cómo le introducían en un deslizador. Pusieron a Obi-Wan a su lado.

El Maestro Jedi se concentró, calculando la velocidad y el tiempo, para intentar adivinar la distancia que recorrían. Sabía que Obi-Wan estaba haciendo lo mismo. El trayecto fue corto, y al llegar fueron sacados violentamente del deslizador y llevados por un pasillo. Habían aparcado el deslizador en una zona de aterrizaje interior. Escuchando el eco, Qui-Gon calculó el tamaño. Una zona de aterrizaje de aquel tamaño debía de pertenecer a un edificio de grandes proporciones.

Escuchó una puerta abriéndose, y fue arrojado al interior de un espacio más reducido. Oyó a Obi-Wan tropezando detrás de él.

—Aquí es donde tenéis que estar, Jedi —siseó una voz.

Así que sabían que los prisioneros eran Jedi.

—¿Dónde estamos y por qué nos han detenido? ¿Quiénes sois? —preguntó Qui-Gon.

—"No es asunto tuyo" responde a la primera pregunta, y "porque sois enemigos del Estado" a la segunda. Respecto a nuestra identidad, somos los salvadores de Apsolon.

—No me digas —respondió cortante Qui-Gon—. Y, dime, ¿por qué somos vuestros enemigos?

—Recordamos lo que hicieron los Jedi hace seis años. Gracias a vuestra intervención perdimos a nuestro verdadero Gobierno. Ahora tenemos que recuperar la gloria que tuvimos que ceder.

—Nuevo Apsolon celebró unas elecciones abiertas para todos...

—No reconocemos a Nuevo Apsolon, sólo a Apsolon. Y no todos los ciudadanos se merecen votar.

—Tienes derecho a opinar así —dijo Qui-Gon—, pero se eligió un Gobierno legalmente, según las leyes de vuestro planeta, por lo que...

—¿Crees que tengo tiempo para discutir contigo? —gritó la voz iracunda.

La puerta se cerró de un portazo.

—Bueno, qué conversación más interesante —dijo Qui-Gon —. Ahora sabemos que los Absolutos son exactamente lo que parecen. Fanáticos.

—No son buenas noticias —dijo Obi-Wan.

— Seguro que tendremos un diálogo muy interesante.

—¿Crees que nos torturarán? —Obi-Wan formuló la pregunta en tono firme. No quería que Qui-Gon pensara que tenía miedo. Pero cuando recordó los diferentes métodos de tortura que habían visto aquel día, no pudo sentirse cómodo con la idea.

—No tengo ni idea de lo que están planeando —dijo Qui-Gon.

No hablaron más. Era bastante probable que estuvieran vigilándolos. Qui-Gon se acercó a Obi-Wan y señaló disimuladamente su sable láser con el dedo. Era para que su padawan supiera que en caso de amenaza de tortura, no se dejarían avasallar. Obi-Wan asintió.

No tuvieron que esperar mucho. Transcurrió menos de una hora antes de que oyeran la puerta siseando al abrirse. Fueron sacados al exterior y conducidos a empujones durante un rato. Se activó otra puerta. Qui-Gon se sintió empujado al interior.

No tenía ni idea de lo que le iba a pasar, pero tenía su sable láser. Sus manos seguían atadas, pero encontraría la manera de resistir.

Le obligaron a sentarse y le pusieron un foco en la cara. Sabía que su padawan estaba a su lado.

—Aquí están los Jedi.

—Ya lo vemos, hermano —la voz era grave y potente, con un amargo deje en la cadencia que Qui-Gon conocía bien—. Puedes irte.

Sí, tenía las manos atadas. Sí, tenía los ojos vendados. Era un prisionero sin forma aparente de escapar. Pero su corazón cantaba de alegría. Había encontrado a Tahl.

Capítulo 10

Percibió otras presencias en la sala. *Al menos tres,* pensó. —¿Qué hacéis en Ápsolon? —preguntó una voz masculina.

—Una parada intermedia —respondió Qui-Gon—. Estábamos de viaje. Yo estuve aquí hace seis años. Tenía curiosidad por saber cómo le había ido a este planeta. —¿Quién os mandó venir? —ladró otra voz. —Nadie.

—¿Qué hacíais en una reunión secreta de Obreros? —preguntó una tercera voz chillona.

—No estábamos en la reunión. Estábamos observándola. Seguro que los vuestros os lo pueden confirmar.

—Limítate a responder a las preguntas. ¿Quién es vuestro contacto en los Obreros?

—Nadie.

— Se os ha visto con Irini. ¿Cómo contactó con vosotros en un principio?

—No se puso en contacto con nosotros. Fue nuestra guía.

Las preguntas se sucedieron una tras otra. Qui-Gon las respondió brevemente. Tahl no volvió a hablar. Sin duda habló la primera para que él supiera que se hallaba en la habitación. De alguna manera, había conseguido infiltrarse en el círculo interno de los Absolutos. Lo había conseguido en poco tiempo, y lo había hecho bien. Qui-Gon admiraba su talento, como siempre. Se sintió sumamente aliviado al encontrarla. Su desesperación crecía por momentos, y tuvo que evitar recordar imágenes de su visión.

Cuando él la liberó, su cuerpo no podía mantenerse erguido. Parecía doblarse en sus brazos como la seda. Y eso era raro, porque siempre había destacado por su fortaleza. Y ahora él sentía la suavidad de su pelo, de su piel, y la ligereza de sus huesos. Sintió que ella podría fundirse con él y pasar a formar parte de su cuerpo. Las lágrimas asomaron a sus ojos al ver cómo una de sus manos se curvaba en su cuello.

Forzó a su mente a volver al presente y se dio cuenta de que los tres hombres estaban discutiendo.

—Matarles sería como enviar un mensaje —dijo uno.

—Dos mensajes. Uno para los Obreros y otro para Roan. Les demostraremos que seguimos teniendo el poder. Pero ¿y si nos pasamos?

—Quizá sea mejor amenazar primero con matarles, y luego hacerlo.

Los tres siguieron discutiendo. Qui-Gon no se preocupó en absoluto. La ausencia de la voz de Tahl le indicaba algo importante: ella había hecho algo más que infiltrarse en el círculo interno. Había obtenido poder.

Qui-Gon no pudo evitar maravillarse de nuevo con su temeridad. Lo que no hizo sino aumentar sus temores por la seguridad de Tahl. Su creencia en su visión aumentó. Ahora lo veía como algo que podía suceder si ella se mantenía en aquel peligroso camino.

—T, no has dicho nada —dijo al fin uno de los hombres.

—Les dejaremos ir —dijo Tahl.

De repente, los demás prorrumpieron en gritos. —¿Por qué?

— ¿Así sin más?

—¡Eso es absurdo!

Pero los tres callaron tan súbitamente que Qui-Gon dedujo que Tahl había hecho algún gesto. Ese era el tipo de poder que ella tenía.

—Seguís sin daros cuenta de un factor del que carecemos en nuestra lucha —dijo Tahl—. El apoyo popular. No podemos conseguir el poder sin él. Sé que no os gusta oír esto, pero el pueblo de Ápsolon se ha acostumbrado a pensar que su voz se oye en el Gobierno. Podemos hacerles creer esa ilusión, eso no es difícil; pero seguimos necesitando su apoyo.

—¿Y eso qué tiene que ver con los Jedi? —preguntó uno, malhumorado.

—Los Jedi siguen siendo figuras respetadas en Ápsolon. La gente piensa que fueron los responsables de la paz durante la transición. Los consideran neutrales...

— ¡Ellos apoyaron nuestra disolución! ¡Estaban en contra nuestra!

—Yo estoy hablando de apariencias —soltó Tahl—. Recuerda siempre que las apariencias son mucho más importantes que la realidad. Si matamos a los Jedi y nos hacemos responsables

de ello, nuestras esperanzas de obtener el apoyo popular se verán eliminadas. Ya habrá tiempo de sobra para matar a nuestros enemigos.

—Y entonces ¿por qué no matarlos ya y así nos los quitamos de encima? No tenemos por qué hacernos responsables públicamente de ello.

Hubo un breve silencio. Qui-Gon podía sentir la tensión en la habitación. Sólo podía pensar en la mirada de desprecio que Tahl le estaba dirigiendo a su interlocutor. Cuando ella habló, su voz era medida y lenta, como si se estuviera dirigiendo a un niño que no tuviera ni idea de cómo funcionan las cosas.

—En primer lugar, matar a un Jedi no es cosa fácil. No se les puede matar y esperar que no ocurra nada. Habrá una investigación. Una por parte de su Orden, y probablemente otra por parte del Senado. Esta vez, cuando tomemos el poder, queremos tener el respaldo del Senado. Esto ya lo hemos hablado. Esta vez lo vamos a hacer bien. El pueblo creerá que tiene algo de control. En segundo lugar, si tomas la decisión de eliminar a un enemigo poderoso, lo haces para obtener algún beneficio a cambio. Si desacreditamos a los Jedi y después les matamos, ganaremos. No podemos desacreditarles si no les dejamos marchar.

— ¡Pero si han escuchado cada palabra de lo que hemos dicho! Hablábamos sin tapujos porque pensábamos que iban a ser eliminados.

—Eso no importa —dijo Tahl—. Nosotros tenemos el control. En nuestro planeta somos más poderosos que los Jedi. ¡Dejad de ser tan cobardes! Y ahora marchaos. Haré llamar a R para que los libere.

Qui-Gon oyó a los tres hombres saliendo de la sala. Escuchó un tejido que era desanudado cerca de él.

—Gracias —oyó decir a Obi-Wan.

Luego Tahl se acercó a él; pero, en lugar de quitarle la venda de los ojos, notó que ella se agachaba frente a él.

—Bueno, Qui-Gon —dijo ella—. Por fin estamos igualados.

—No lo creo. Tú siempre fuiste mejor que yo.

—La adulación no te devolverá la vista.

—No necesito verte. Me basta con saber que estás bien.

Tahl suspiró. El sintió su cálido aliento rozándole la mejilla. Un momento después sintió la gélida precisión de sus dedos mientras le quitaba la venda de los ojos.

A sus ojos les costó un momento verla bien. Estaba disfrazada. Sus característicos ojos verdes con vetas doradas eran oscuros ahora. Tenía el pelo más corto y del color de la luna pálida, en contraste con su piel morena.

Ella miró en dirección a él, como si le estuviera leyendo por dentro. Él contempló sus extraños ojos nuevos, y su desasosiego se calmó cuando al mirarla dejó de ver el disfraz y comenzó a ver a la Tahl de siempre detrás del nuevo color. No pudo evitarlo: era feliz.

Y ella lo supo porque de repente le acarició la cara con la yema de los dedos. Él sintió los dedos de ella en sus labios.

—Estás sonriendo.

—Sí.

—No lo hagas.

Ella no bajó la mano, sino que la mantuvo en su boca. Él vio que Tahl era incapaz de reprimir una pequeña sonrisa que afloraba en su rostro, y sonrió aún más bajo la mano de ella.

—Parece que no puedo librarme de ti —dijo ella.

—No —respondió Qui-Gon—. No puedes.

Capítulo 11

Obi-Wan contempló a los dos amigos. Le dio la impresión de que se habían olvidado de que él estaba en la habitación. Incluso parecían haberse olvidado de la misión. El no podía ni imaginarse el cúmulo de sentimientos que forjaba aquella profunda amistad. Tahl había estado enfadada con Qui-Gon, que se mantuvo apartado de ella durante un tiempo. Esas cosas las sabía. Pero no sabía por qué habían sucedido. Sólo que tenía algo que ver con el resentimiento de Tahl por la necesidad que tenía Qui-Gon de cuidarla desde que ella se quedó ciega.

En esta misión, Obi-Wan se había sentido confundido varias veces con Qui-Gon. Con los años había llegado a aprender la manera que tenía su Maestro de actuar, pero ahora era como si Qui-Gon estuviera siguiendo algún tipo de lógica interna que no podía descifrar. No sabía lo que su Maestro pensaba. En muchas ocasiones, los pensamientos de Qui-Gon le resultaban indescifrables; pero nunca tanto como en aquel momento. Había un velo entre ellos. Aun así, mirando a Tahl, se dio cuenta de que ella no se sentía igual. Intentó no envidiarla por ello. Tahl se levantó.

—Aquí no podemos hablar. Seguidme. La salida está por aquí.

Caminó decidida hacia la puerta y salió. Era obvio que conocía bien el lugar. Giró a la derecha por el pasillo. Obi-Wan no podía imaginarse bien el edificio en el que se hallaban. Era industrial y completamente diáfano. Quizá en otra época fue algún tipo de almacén.

Tahl subió por una rampa al piso superior. No vieron a nadie. Se dirigió hacia una serie de puertas altas que parecían habilitadas para la entrada de mercancías. Cerca de ellas había una puerta más pequeña para los Obreros. Entró y los tres salieron a la fría noche.

—Es un almacén abandonado —les dijo—. Los Absolutos lo compraron. Tienen una inmensa fortuna. La calle está al final del patio. Os acompañaré un rato, pero luego tendré que regresar.

Avanzaron por el patio y salieron a un estrecho callejón.

—¿Dónde estamos? —preguntó Qui-Gon.

—En el límite del Sector Civilizado —explicó Tahl—. Si seguís por esta calle, llegaréis al Bulevar del Estado, donde se encuentran los edificios oficiales.

—Cuéntanos tu plan —dijo Qui-Gon—. Es obvio que la situación es más complicada de lo que pensábamos. Estamos aquí para ayudar.

—He de admitir que la ayuda sería muy útil —dijo Tahl—. No me costó darme cuenta de que las gemelas estaban en peligro, pero todavía no sé quién las amenaza. Sospecho de los Absolutos, por eso me infiltré entre ellos; pero no he encontrado nada. Roan podría ser su líder secreto, pero todavía tengo que descubrir si eso es verdad.

—Las gemelas nos dijeron que no te habían visto —dijo Obi-Wan.

—Están intentando protegerme —dijo Tahl—. Acordamos que lo mejor era que yo actuara de forma clandestina. Me consiguieron documentos falsos que me acreditaban como antiguo miembro de los Absolutos. Hubo una época en la que era una enorme organización burocrática. Casi nadie conocía a la cúpula del poder.

—Así que las gemelas te llamaron de verdad —dijo Qui-Gon.

Tahl asintió.

—Cuando llegué me sorprendió ver que no estaban escondidas, como habían dicho. Me dijeron que no habían tenido más remedio que "adornar" su mensaje para asegurarse de que yo viniera. Sospechan que fue Roan el que mató a su padre. Son prisioneras en su propia casa. Yo estaba dispuesta a sacarlas de su planeta hacia el exilio, pero discutimos la situación y me impresionó su madurez y su valor. También me quedé muy disgustada con el estado de la situación en Nuevo Ápsolon. Las gemelas son un símbolo para el pueblo. Si se van, el último rastro de gobierno honrado se irá con ellas. Las gemelas cambiaron de idea e insistieron en quedarse. Decidí que lo primero era averiguar cuánto poder real tienen los Absolutos, y les propuse actuar de incógnito. Las gemelas se opusieron a la idea, pero finalmente accedieron y me ayudaron.

—¿Cuánta fuerza tienen los Absolutos?

—No tanta como ellos piensan —dijo Tahl—. Son pocos en número, y su organización es caótica. No hay una cadena de mando real. A mí me resultó fácil ascender en la estructura. Los Absolutos están ahora desarrollando actividades a bajo nivel. Reúnen información y realizan tareas de vigilancia y acoso ocasional a la Resistencia Obrera. Pero lo que no me gusta es que tienen una inmensa fortuna. Están acumulando armamento.

—Así que deben de tener un importante respaldo por algún lado —dedujo Qui-Gon.

—Sí, pero no sé de dónde procede. Todavía. Y ahí es donde entráis vosotros.

Obi-Wan miró a su Maestro. Se apreciaba conflicto en el rostro de Qui-Gon. Sabía por qué. El Jedi no quería oponerse a Tahl, pero no estaba de acuerdo con ella. La razón era obvia.

—Tahl, los Jedi no han recibido una solicitud oficial para ayudar a ninguna de las partes de este conflicto —dijo Qui-Gon —. Todavía no es seguro que Roan estuviera involucrado en la muerte del anterior líder. No se sabe si los Absolutos llegarán a acumular poder suficiente para suponer una amenaza real. El planeta está luchando con esta nueva sociedad, sí. Pero ¿es razón suficiente para que los Jedi intervengan?

—Pero sí que hemos recibido una petición —replicó Tahl—. De las gemelas. Ellas son las hijas del líder asesinado. Su llamada de auxilio es oficial. Y están en peligro.

Tahl se detuvo.

—¿Qué pasa con nuestra lealtad hacia las chicas?

—Esto no es una cuestión de lealtad...

—Al contrario. Ellas me pidieron ayuda y yo se la voy a dar. Quieren más que seguridad. Quieren quedarse en su planeta natal. Un planeta que sea estable y pacífico.

—Los Jedi no pueden prometerles eso —dijo Qui-Gon.

—Pero qué lógico eres —dijo Tahl, negando con la cabeza —. Estás bloqueando tus sentimientos, igual que lo hiciste hace años. Ves todo desde una perspectiva tan fría. Lo cierto es que te da un poco igual.

Obi-Wan se dio cuenta de que las palabras de Tahl habían hecho daño a Qui-Gon.

—Soy un Jedi —dijo él—. Igual que tú. Hay formas de enfocar una misión. Formas cuyo funcionamiento ha sido demostrado con el paso de miles de años.

—A ti nunca te costó romper las reglas.

—Cuando la misión lo requería. Esta misión no lo pide. Y, por favor... —la voz de Qui-Gon se endureció—, no me acuses de indiferencia. Es injusto.

Caminaron en silencio durante un momento. Obi-Wan trataba desesperadamente de encontrar palabras sabias para arreglar las diferencias entre los dos amigos, pero no sabía cómo. Tahl había hecho daño a Qui-Gon, y Qui-Gon había herido a Tahl. Eso podía sentirlo. Se sintió incapaz de remediarlo. Los dos amigos parecían casi odiarse. Podía sentir su ira y su frustración en el crispado sonido de las pisadas en el pavimento.

Por fin, Tahl habló.

—Lleguemos a un acuerdo —dijo—. Necesito que me ayudes. Dame una semana. Permaneceré de incógnito con los Absolutos. Obi-Wan y tú investigaréis el asesinato de Ewane. Os pido que comencéis por Manex, el hermano de Roan. Manex es extraordinariamente rico y empleó sus contactos políticos para hacer fortuna antes y después de la revolución sin sangre. Hay muchas personas que sospechan que es un corrupto. Quizás estuvo detrás de un complot para asesinar a Ewane y así tener a su hermano en el poder. Puede que Roan estuviera también en el complot. Si conseguimos encontrar pruebas de que Roan o su hermano son culpables, podremos comenzar a traer la paz a Nuevo Ápsolon.

—Una semana no es demasiado tiempo —dijo Qui-Gon.

—No para muchos —dijo Tahl—. Para ti será suficiente. Si no conseguimos descubrir las pruebas, sacaremos a las gemelas del planeta. Si se niegan, volveremos a Coruscant y sólo regresaremos a Nuevo Ápsolon en caso de tener una petición oficial por parte de los Guardianes de la Paz.

Qui-Gon lo pensó un momento.

—Supongo que no hay forma de convencerte para que abandones los cuarteles de los Absolutos cuanto antes.

—No la hay —dijo Tahl.

—Entonces acepto el compromiso. Y que la Fuerza nos acompañe.

Las palabras de su Maestro parecían sinceras, y no un mero formalismo. Su preocupación caía sobre ellos como una densa niebla. Obi-Wan se dio cuenta de que a Tahl le molestaba profundamente. Tahl se dio la vuelta sin añadir nada más, y regresó a los cuarteles de los Absolutos. Qui-Gon se giró para mirarla hasta que desapareció en la oscuridad.

Capítulo 13

Qui-Gon encontró una casa de huéspedes para pasar la noche. Su padawan se quedó profundamente dormido, pero él permaneció despierto. No entendía qué le pasaba a su corazón. No podía entender por qué se había enfadado tanto con Tahl. Había perdido la capacidad de juicio. Nunca se había sentido menos Jedi.

Su visión le había perturbado, sí; pero él pensaba que aquella sensación de angustia se pasaría en cuanto encontrara a Tahl y se embarcara en la aventura de ayudarla. Y no había sido así. ¿Qué estaba pasando por alto?

Se envolvió con la manta y se tumbó de lado. Había un ventanuco arriba, en la pared, a través del cual se veían las tres lunas de Nuevo Ápsolon. La noche era serena y brillante, con un ligero resplandor rosado. Qui-Gon meditó sobre su belleza mientras luchaba por vaciar su mente. Intentó eliminar los pensamientos sobre el mañana y lo que le depararía el futuro. Intentó no pensar en Tahl, rodeada de todos esos fanáticos seguidores.

Se dio la vuelta otra vez.

—¿Qui-Gon? ¿Estás bien?

La voz somnolienta de Obi-Wan interrumpió sus pensamientos desde el jergón situado al otro lado de la habitación. Estaba molestando a su padawan. Y necesitaban descansar.

—Nada. Duérmete.

Qui-Gon relajó su cuerpo y obligó a su mente a obedecer. Su mente testaruda le desafiaba, y el sueño se resistía. En lugar de eso, se quedó mirando la luna.

***

Si Obi-Wan se percató del aspecto ojeroso de Qui-Gon a la mañana siguiente, no lo mencionó. Su padawan aceptó silenciosamente la responsabilidad de conseguir el desayuno, y desapareció para volver con algo de té, pan y frutas.

Qui-Gon estaba profundamente agradecido a Obi-Wan tanto por su consideración como por su silencio. Se vistieron, se

pusieron las mochilas y se dirigieron a las direcciones que Tahl les había dado.

Manex, el hermano de Roan, vivía cerca de la residencia del Gobernador Supremo. Su casa era mucho más grande, y no estaba construida con la piedra gris tan presente en todas partes, sino de relucientes piedras blancas y negras dispuestas formando dibujos. La casa parecía más un palacio, y alardeaba con descaro de su tamaño frente a sus sombríos vecinos.

—Lo cierto es que no le importa hacer gala de su riqueza —comentó Qui-Gon mientras activaba el dispositivo que anunciaba su llegada.

Un androide de protocolo sumamente abrillantado y con el cuerpo metálico negro les atendió en la puerta. Qui-Gon dijo sus nombres y que eran Jedi. Ya no veía razón para ocultarse. Tanto los Absolutos como los Obreros sabían que estaban en Nuevo Apsolon. Tahl estaba segura de que nadie descubriría quién era. Si trabajaban rápido, no pondrían en peligro su posición.

Manex les recibió en una pequeña sala con paredes, suelo y techo de piedra negra. Había gruesas alfombras verdes repartidas por el suelo reluciente, y la sala estaba repleta de bancos y asiento de todo tipo, todos tapizados con telas en distintos tonos de verde. Había enormes cojines de color verde césped tirados por el suelo. Unas gruesas cortinas de tono esmeralda cubrían las ventanas.

Un hombre alto y rechoncho estaba tumbado en uno de esos cojines, apoyado en un sofá largo. Se puso en pie cuando entraron en la estancia. Tenía el pelo rizado, oscuro y corto, y se cubría la cabeza con una gorra. Sus ojos eran azules y amistosos.

—Bienvenidos, Jedi. Qué amabilidad que llamarais. Me alegro mucho de veros.

Qui-Gon le saludó inclinándose. Se sintió un poco abrumado por la sala y la efusiva bienvenida. No se lo esperaba. Imaginaba que Manex sería un hombre de negocios frío y despiadado.

—Estaba con mi meditación matutina. Creo que vosotros también la hacéis —había alegría en los ojos de Manex—. Medito sobre todas las cosas bellas que debería tener. Sin duda mi técnica es diferente a la vuestra.

—Sí —dijo Qui-Gon.

Manex observó que Obi-Wan se mostraba fascinado con la estancia.

—El verde es mi color favorito. Puedo permitirme cumplir todos mis caprichos. Qué afortunado soy, ¿no? Pero sentaos, sentaos.

Qui-Gon tomó asiento en el sillón gemelo al que ocupaba Manex. Se hundió en el asiento. Obi-Wan se sentó a su lado, intentando mantener la espalda recta. Resultaba difícil en una pieza de mobiliario tan lujosa.

Manex les señaló una bandeja de oro con dulces.

—Tengo el mejor repostero de Nuevo Ápsolon. Probad uno —se metió una tartaleta de frutas en la boca.

Qui-Gon vio que Obi-Wan contemplaba hambriento los preciosos dulces, pero su padawan no cogió ninguno.

—¿Qué puedo hacer por vosotros? —preguntó Manex, quitándose las migas de la túnica dorada.

Qui-Gon había estado pensando en la mejor manera de proceder. No estaba seguro de cuánto podía averiguar simplemente hablando con Manex. Después de todo, no iba a admitir de buenas y a primeras que era un corrupto. Pero a menudo la gente daba pistas sobre su verdadera naturaleza sin saberlo. Finalmente, Qui-Gon había decidido que su método sería el de la sinceridad.

—Formé parte del equipo original de Jedi enviado aquí para supervisar las elecciones hace seis años —dijo Qui-Gon—. Ahora no estoy en misión oficial, pero sentí curiosidad por el devenir de Nuevo Ápsolon. Y me temo que lo que he visto me ha producido cierta inquietud.

Manex se incorporó, como si hablar de cosas serias le enderezara la espalda.

—El asesinato de Ewane fue una tragedia. Nuevo Ápsolon estaba floreciendo. No había motivos de descontento. Estábamos consiguiendo que la economía fuera casi tan buena como antes de los conflictos. Tanto los Obreros como los Civilizados vieron cómo mejoraban sus vidas mientras la riqueza crecía sin parar. La galaxia perdió la fe en nuestros productos y ahora está comenzando a recuperarla. Ya perdimos la prosperidad en su

momento por un enfrentamiento. Sería una auténtica pena arriesgarla de nuevo.

—La riqueza es importante para ti —dijo Qui-Gon en tono neutro.

—Sí —Manex le miró tranquilamente a los ojos—. Me gusta tenerla. Hay gente que dice que amasé mi fortuna gracias a la corrupción y a mis contactos. Supongo que te refieres a eso.

Qui-Gon estaba impresionado. Ahora sí que había vislumbrado un atisbo del hombre de negocios. Manex hablaría sin tapujos, o al menos en apariencia.

—Contactos, sí. ¿Por qué no iba a tenerlos? Mi hermano tenía un puesto privilegiado en el Gobierno. Me aproveché de todos aquellos que intentaron arrimarse a él. Pero eso no es corrupción. Vi la manera de mejorar mis negocios. Como Civilizado, tenía permiso de exportación. Los Obreros no. La ley era injusta, pero hubiera sido una estupidez por mi parte no aprovecharme de ella. Abrí un amplio mercado de bienes de Nuevo Ápsolon en la galaxia. Tenía una red de contratos de tecno-información. Así que me alegró ver a un Obrero siendo elegido, porque eso estabilizaría el Gobierno.

—En su momento no te uniste a tu hermano en su llamada a la unidad —señaló Obi-Wan.

—Mi hermano es el héroe. Yo soy el hombre de negocios

Qui-Gon cogió un pastelito. No lo quería. Lo cogió porque se lo había ofrecido, y Manex estaba visiblemente orgulloso de lo que tenía. Qui-Gon quería mostrarse respetuoso y que hubiera un buen ambiente. Se metió el delicado pastel en la boca. De repente sintió una explosión de sabor exquisito, dulce y complejo.

Manex sonrió, porque Qui-Gon no pudo evitar que la sorpresa se reflejara en su rostro.

—No he exagerado nada. Es el mejor. —Sí.

— Sólo digo que tengo lo mejor cuando realmente lo es. No me engaño a mí mismo. Mira a mi hermano —Manex se recostó en los mullidos almohadones—. Él es noble, valiente y dedicado al bien común. Todo lo que yo no soy. Debería despreciarle porque, según dicen, los hermanos sienten celos cuando uno es visiblemente superior al otro. Pero yo no desprecio a Roan. Me

alegra que haya seres así en este planeta. Porque hacen posible que yo viva bien.

—Y ahora que tu hermano es Gobernador Supremo, podrás obtener todavía más beneficios —señaló Qui-Gon—. No ganarías nada despreciándole.

—Podría despreciarle y explotarle —replicó Manex —. Estoy seguro de que has visto suficiente en la galaxia como para saber eso.

—Sí —admitió Qui-Gon.

—Estás sugiriendo que estoy detrás del asesinato de Ewane —dijo Manex con tono suspicaz—. Sé que hay gente que lo piensa. ¿Pero por qué iba a arriesgar mi fortuna así? —Manex negó con la cabeza—. Me gusta demasiado mi comodidad como para arriesgarla.

—Además, estaría mal —señaló Obi-Wan.

—Sí, eso también.

—¿Crees que tu hermano tuvo algo que ver con el asesinato de Ewane? —preguntó Qui-Gon—. También hay gente que piensa eso.

—¿Roan? —Manex negó con la cabeza—. Quería a Ewane como a un hermano. No hay más que ver cómo ha acogido a esas niñas.

—Eso podría ser una maniobra para ganarse la simpatía general —dijo Obi-Wan.

Manex no pareció alterarse ante el comentario. Se inclinó hacia delante.

— Hay una cosa que tenéis que comprender. El deber lo es todo para mi hermano. Se siente responsable de Alani y Eritha.

—Hay gente que dice que las gemelas están en peligro, viviendo en la casa de alguien que es sospechoso de la muerte de su propio padre —dijo Obi-Wan.

—Hay gente en Nuevo Ápsolon que actualmente diría cualquier cosa con tal de obtener lo que quiere —dijo Manex con tono firme—. Esas chicas son libres de marcharse, pero se quedan. Conocen mejor a Roan de lo que conocieron a su propio padre. Todo ese dolor que están demostrando... ¿por quién es? No llegaron a conocer a su padre. Ewane pasó en la cárcel toda la infancia de las niñas. Luego fue Gobernador Supremo y sus

obligaciones eran innumerables. Nunca llegó a conocer de verdad a sus hijas.

—Uno no puede menospreciar el dolor de un hijo por su padre, por muy distante que fuera la relación —dijo Qui-Gon.

—Claro que no. Estoy seguro de que las gemelas son sinceras —Manex se enderezó y les acercó la bandeja de pastelitos —. Qué conversación más sombría para una mañana tan espléndida. Por favor, comed. Voy a pedir unos tés.

Qui-Gon se levantó.

—Tenemos que irnos. Gracias por su hospitalidad.

—Es un placer recibir a los Jedi. Volved cuando queráis —Manex se levantó para despedirse de ellos.

El mismo androide de protocolo les guió hasta la puerta. Qui-Gon y Obi-Wan se detuvieron en las escaleras. Qui-Gon respiró profundamente el aire de la mañana. La brisa fresca y la luz del sol le infundían valor, pero no se sentía más útil para Tahl.

—¿Tú qué opinas? —preguntó a Obi-Wan mientras regresaban a la calle.

—Le he encontrado desagradable —dijo Obi-Wan—. Sería perfectamente capaz de orquestar un golpe al Gobierno. Pero no creo que tenga la energía suficiente para hacerlo. Tendría que levantarse del sofá.

—Estás dejando que tus prejuicios influyan en tus percepciones, padawan —dijo Qui-Gon con desaprobación—. Recuerda que hace falta energía para amasar una fortuna. Manex lo tuvo más fácil que la mayoría, pero lo cierto es que levantó un imperio financiero impresionante.

—Que utiliza para su propio placer —dijo Obi-Wan con repugnancia.

—He visto hombres y mujeres de gran riqueza que no disfrutaban de sus propias comodidades —comentó Qui-Gon—. Al menos, Manex disfruta de lo que ha construido. Nosotros no hubiéramos tomado las decisiones que tomó él. No dejes que su amor por el placer te impida ver sus méritos.

—¿Ves méritos en él? —preguntó Obi-Wan, incrédulo—. Yo veo corrupción.

—Yo veo a un hombre que vive como quiere y no hace apologías. La pregunta es ¿hasta qué punto sería capaz de llegar

con tal de mantener su nivel de vida? — se preguntó Qui-Gon—. Quizá Manex parezca débil, pero yo creo que no lo es. A pesar de sus negativas, podría odiar en secreto a su hermano, pero no podemos dejar de tener en cuenta su perspectiva, padawan.

Qui-Gon buscó en los bolsillos de su túnica.

—Y me ha recordado algo importante.

—¿Una pista?

Dio a Obi-Wan un pastelito que había cogido de la bandeja de Manex, y que se había guardado al salir.

—Ni en plena misión debes rechazar un pastelito.

Capítulo 13

Vamos a casa de Roan —dijo Qui-Gon—. Es hora de conocer al Gobernador Supremo. La residencia oficial estaba cerca de allí. Qui-Gon reflexionó sobre la conversación con Manex. Ojalá hubiera averiguado más. Le hubiera gustado llevar información a Tahl. En lugar de eso, sólo tenía vagas impresiones.

—Qui-Gon —le dijo Obi-Wan en voz baja—, mira. Diez metros a la derecha, junto a ese monumento.

Qui-Gon miró en esa dirección. La mirada atenta de su padawan había captado a un pequeño androide de seguimiento. Flotaba en la plaza de césped, justo frente a la residencia del Gobernador Supremo. Él no lo había visto. Se dijo a sí mismo que debía concentrarse. No podía dejar que sus preocupaciones le distrajeran de esa manera.

—¿Crees que nos busca a nosotros? —preguntó Obi-Wan.

—No, está vigilando la residencia. No es una sonda robot. Es posible que lo empleen sólo como seguridad —Qui-Gon escudriñó la zona cuidadosamente, dividiéndola en cuadrantes y examinando cada metro—. Ahí. En los árboles de enfrente. Otro.

—Roan ha aumentado la vigilancia.

O alguien ha aumentado la vigilancia sobre Roan. No me gusta lo que estamos viendo. Siento una perturbación en la Fuerza. Ven, padawan.

Qui-Gon se dirigió hacia la residencia. Cuando llegaron ante la puerta y tocaron el timbre de seguridad no se materializó ningún guardia en la pantalla, que permanecía en blanco y sólo reflejaba un resplandor azul.

El presentimiento de Qui-Gon se convirtió en alarma. Empujó la puerta, pero no consiguió abrirla.

—Intentémoslo por los jardines —sugirió Obi-Wan.

Una elevada muralla electrificada en su parte superior separaba la parte frontal de la residencia de los jardines traseros. Para los Jedi no suponía un problema. Empleando la Fuerza, ambos saltaron por encima del muro y aterrizaron suavemente sobre la hierba.

Corrieron hacia la parte trasera, donde se encontraban los jardines, bordeando la gran mansión. Mientras corrían, Qui-Gon buscaba un acceso a la casa, pero no había ventanas en ese lado. Quizá sólo se habían construido salidas en la parte delantera y trasera de la residencia. Así era más fácil de defender.

Irrumpieron en los jardines. Al principio, Qui-Gon sólo percibió un remolino de color de las masas de flores que les rodeaban. Había caminitos entre los matorrales, estrechos y enrevesados. Era imposible ver bien.

—Ve a ver el muro trasero —dijo Qui-Gon a Obi-Wan—. Busca alguna entrada.

Qui-Gon investigó la parte trasera de la casa. Todo parecía tranquilo y sereno. No se movía ni una cortina. A primera vista no parecía haber nada extraño ni peligroso. Entonces, Qui-Gon se dio cuenta de que había una puerta ligeramente abierta.

—¡Qui-Gon!

Qui-Gon se dio la vuelta, corrió y se encontró con Obi-Wan a medio camino entre los enrevesados senderos.

—He visto algo ahí delante, movimiento. Y creo que...

Doblaron una esquina. Frente a ellos había un grupo de intrusos lanzando algo por encima del muro. Era del tamaño de una persona, negro y brillante, y tenía una abertura en la parte superior.

Qui-Gon reconoció el contenedor de privación sensorial del Museo de los Absolutos. Pero ¿por qué lo arrojaban los intrusos por encima del muro?

Luego, por la abertura superior, vio un mechón de pelo dorado agitándose.

—Tienen a las gemelas —dijo.

Activaron los sables láser y se lanzaron al ataque.

Los intrusos estaban enmascarados y vestidos con ropas oscuras. Vieron a los Jedi acercándose. Uno de ellos cogió un transmisor.

— ¡Cuidado, Obi-Wan! —gritó Qui-Gon.

Las sondas robot comenzaron a sisear sobre sus cabezas. Los disparos láser caían como la lluvia. Blandiendo sus sables, Qui-Gon y Obi-Wan rechazaron los disparos mientras corrían hacia el muro.

Otras sondas robot se aproximaban, volando lo suficientemente alto como para quedar fuera del alcance de los Jedi y seguir acosándolos con sus disparos. Los intrusos tenían ventaja. Saltaron sobre la muralla y desaparecieron.

Hubiera sido difícil saltar sobre el muro y a la vez rechazar los disparos. Qui-Gon lo sabía. No tenía elección.

Accedió a la Fuerza y saltó. A su lado, vio a Obi-Wan haciendo lo mismo. Volaron muy por encima del muro. En esos segundos, Qui-Gon aprovechó para derribar a dos sondas robot. Obi-Wan partió limpiamente a una por la mitad. Las tres sondas cayeron al suelo echando chispas.

Aterrizaron al otro lado del muro. Una gran explanada de hierba se extendía ante ellos. Había unos enormes deslizadores aparcados.

Los intrusos ya habían cargado los dos contenedores en unos deslizadores. Mientras los Jedi se acercaban corriendo, despegaron.

Una puerta secreta del muro se abrió y un montón de guardias de seguridad salió a través de ella. Qui-Gon reconoció a Balog, el jefe de seguridad.

—¿Qué ocurre? —rugió furioso—. ¿Qué hacéis aquí?

—Creo que se han llevado a las gemelas en esos deslizadores —dijo Qui-Gon, señalando a lo que ya no eran más que unos puntitos en el cielo.

Balog hizo una llamada por su intercomunicador, dando las coordenadas de su posición y pidiendo refuerzos aéreos.

—¿Los habéis visto? —preguntó a los Jedi.

—Tenían dos contenedores de privación sensorial como los que hay en el museo. Y he visto el pelo de una de las chicas. Eso es todo.

Balog se giró hacia los guardias.

—Registrad otra vez la casa y la zona —luego se volvió hacia Qui-Gon y Obi-Wan—. Pensábamos que erais turistas. ¿Qué hacíais aquí?

—Somos Jedi —respondió Qui-Gon—. No estamos aquí en misión oficial. Conocí a la chicas hace seis años. Hemos venido a verlas.

Balog les miró con la suspicacia de un responsable de seguridad acostumbrado a escuchar mentiras. Algo debió de convencerle porque suspiró.

—Esto ha ocurrido en mi turno. Yo pensé que la seguridad era perfecta. No sé cómo han traspasado el control y han inmovilizado a los guardias. Hicieron saltar las alarmas, pero hemos tardado demasiado en llegar.

—¿Hay algún sospechoso? —preguntó Obi-Wan.

— Obviamente, podrían ser los Absolutos —dijo Balog—. Se supone que esos dispositivos fueron destruidos, pero sabemos de buena tinta que algunos se salvaron de la quema. Cualquiera podría comprarlos en el mercado negro. En otras palabras, no, no sé quién se ha llevado a las gemelas —miró hacia el cielo—. Sólo espero que los responsables ofrezcan un rescate. Espero que sea un secuestro y no...

No terminó la frase.

—El uso de los contenedores indica que así será —dijo Qui-Gon—. Si hubieran querido matar a las gemelas, ya lo habrían hecho aquí.

Balog se pasó la mano por la frente.

—Tengo que contárselo personalmente a Roan. Quedará devastado.

Se alejó, demasiado preocupado para despedirse.

Qui-Gon le miró mientras se iba.

—A menos que Roan ya lo sepa —dijo.

Capítulo 14

Los Jedi se reunieron con Tahl en un lugar acordado de antemano, oculto en pleno Sector Obrero. Era un pequeño parque conmemorativo construido en honor a uno de los primeros Obreros que protestaron contra el sistema de Apsolon. Una única columna blanca se levantaba en medio del césped. No se quitaron las capuchas del rostro mientras daban vueltas alrededor del parque una y otra vez. Cuando Tahl supo lo de las gemelas, tardó tres vueltas en hablar.

—No creo que fueran los Absolutos —dijo finalmente—. Yo me habría enterado. Había facciones extremistas del grupo, pero ahora están bajo el control del comité central. O eso creo. Es una posibilidad, pero me inclino más a creer que Irini y los Obreros han secuestrado a las gemelas. Están convencidos de que Roan mató a Ewane. Quizá podrían incluso justificar el secuestro, alegando que así alejan a las gemelas del peligro.

—Deberías unirte a nosotros en la búsqueda de los secuestradores —dijo Qui-Gon —. Si piensas que los Absolutos no están involucrados, es una pérdida de tiempo que sigas allí.

—He dicho que no creo que hayan sido los Absolutos

— le corrigió Tahl — . Existe la posibilidad de que lo hayan hecho algunos miembros por su cuenta. Tengo que quedarme allí e investigar. Lo normal es que los Absolutos intenten averiguar quién ha sido. Puedo emplear sus recursos de vigilancia.

Obi-Wan se dio cuenta de que su Maestro parecía tener objeciones. No entendía por qué. Tahl tenía razón. Debía permanecer de incógnito, al menos hasta que supieran quién se había llevado a las gemelas.

—¿Crees que Roan podría estar involucrado? —preguntó a Tahl.

—No lo sé —dijo Tahl—, pero es una posibilidad que hemos de tener en cuenta.

—íbamos a hablar con él cuando descubrimos el secuestro —dijo Qui-Gon.

—Quizá deberíamos intentar hablar con él ahora —sugirió Obi-Wan.

—Va a ser difícil —señaló Tahl—, Ahora mismo estará fuertemente vigilado. No tendrá tiempo para atendernos.

Justo en ese momento sonó el intercomunicador de Qui-Gon. Era Balog. Qui-Gon escuchó atentamente unos instantes, y luego cortó la comunicación.

— Va a ser más fácil de lo que pensábamos —dijo Qui-Gon —. Roan ha solicitado vernos.

***

Roan recibió a los Jedi en su despacho, en el enorme edificio del Instituto de Servicio Gubernamental. A pesar de la grandeza del edificio, su despacho estaba decorado con sobriedad: sillas alineadas junto a la pared, una larga mesa que servía de escritorio y el suelo de piedra gris y diáfano. La ventana daba a la calle. Qui-Gon y Obi-Wan habían comenzado a ver señales de protesta. El asunto de las gemelas se había hecho público, y la gente se estaba echando a la calle.

Los Obreros se habían organizado rápidamente. Al otro lado de la calle, en la plaza, habían formado un sólido cubo de seres humanos imitando la forma de los numerosos monumentos de la ciudad. Y seguían llegando más. La fila del principio llevaba una pancarta: "ARRESTAD A ROAN YA".

Roan, que se encontraba frente a la ventana cuando entraron, se dio la vuelta. Era un hombre de mediana edad, con una figura imponente y un mechón plateado a un lado de la cabeza. Se inclinó a modo de saludo.

—Bienvenidos. Si hubiera sabido que estabais aquí, habría convocado antes esta reunión.

— No hemos venido en misión oficial, así que no queríamos molestar —dijo Qui-Gon.

—Consideraos en misión oficial —dijo Roan, sombrío. Sus ojos oscuros parecían embrujados—. Necesitamos ayuda para encontrar a las chicas. Sé que vosotros también queréis encontrarlas. Y también sé que hay gente que piensa que yo estoy detrás del asesinato de su padre y de su secuestro. Os he hecho venir para deciros que no es así.

—¿Por qué crees que comenzó el rumor? —preguntó Qui-Gon.

—Porque después del asesinato de Ewane, la estructura del Gobierno se quedó en un estado precario. Hay gente que solicita elecciones anticipadas. Mis enemigos han alimentado el rumor de que yo maté a Ewane.

Roan caminaba lentamente de un lado a otro, frente a la ventana. Estaba tintada para que él pudiera ver el exterior, pero Qui-Gon se dio cuenta de que la masa reunida no podía verlo a él. Se dio la vuelta y miró a los Jedi. Luego abrió las manos.

—No sé qué hacer. Mi planeta ha luchado por la justicia y ha conseguido la libertad para todo su pueblo. Y ahora corre el peligro de perder esa estabilidad. Cuando cierro los ojos tengo visiones de destrucción. Y sé que puedo evitarla, pero no sé cómo. Es como si las cosas sucedieran ante mí, y yo no pudiera hacer nada.

Qui-Gon sintió simpatía por Roan. El hombre parecía realmente triste. Y Qui-Gon sabía perfectamente lo que era ser presa de las visiones. Sabía lo que se sentía cuando las cosas ocurrían como si uno las hubiera soñado y no hiciera más que recordarlas.

—¿Y qué podemos hacer nosotros? —preguntó Qui-Gon.

En ese momento, la unidad de comunicación interna de Roan pitó. Él respondió con un gesto de impaciencia.

—He dicho claramente que no quería que me molestaran...

—Sí, Gobernador, pero hemos recibido una comunicación externa. Exigen hablar únicamente con usted. Dicen ser los secuestradores.

Roan miró a los Jedi.

—Me gustaría que oyerais esto —habló al intercomu-nicador —. Por favor, pásamelos.

La voz que resonó en el dispositivo estaba manipulada electrónicamente. Tenía un tono espeluznante, mitad máquina, mitad ser vivo.

—Buenas tardes. Hoy, las descendientes de Ewane han sido secuestradas. Las tenemos nosotros, y las liberaremos en cuanto usted cumpla una serie de condiciones.

—¿Están bien? —preguntó Roan—. Déjame hablar con ellas.

—Están a salvo, no han sufrido daño. No hables. Escucha.

—Pagaré por su rescate...

— ¡No hables! No queremos dinero. Queremos que dimitas de tu puesto como Gobernador Supremo. Dirás que estás cumpliendo los deseos del pueblo. Convocarás elecciones anticipadas. Jamás revelarás que renunciaste para liberar a las gemelas.

Roan miró a Qui-Gon a los ojos. Qui-Gon vio que iba a aceptar. No tenía elección.

—Si no cumples con tu palabra, tanto tú como las gemelas moriréis. No dudes que podemos acceder a ti en cualquier momento. Incluso con protección Jedi.

—De acuerdo —dijo Roan, acercándose al intercomunicador—. Accedo a tus condiciones, pero he de ver a las gemelas y ponerlas a salvo. No quiero que vuelvan a pasar miedo.

—Eso es aceptable. Nos pondremos en contacto contigo para darte detalles.

—¿Cuándo? —preguntó Roan con apremio, pero la comunicación se cortó.

Roan se desplomó sobre el asiento.

—Por lo menos están vivas. Eso si creemos lo que dicen.

—No debes acudir solo al encuentro —dijo Qui-Gon—. Cuando vuelvan a ponerse en contacto contigo, pide una escolta Jedi. Tienes que asegurarte de que tanto tú como las gemelas volváis vivos de la reunión.

Roan asintió.

—Así lo haré. Sé que las protegeréis. Yo soy todo lo que tienen. He de hacer lo que piden los secuestradores. Pero os agradecería vuestra ayuda. Nuestra principal preocupación es la vida de las chicas.

Capítulo 15

Qui-Gon y Obi-Wan dejaron a Roan, que prometió llamar a los Jedi en cuanto los secuestradores volvieran a ponerse en contacto con él. Apenas se naoian alejado unos pasos del edificio del Gobierno cuando sonó el intercomunicador de Qui-Gon.

—Qui-Gon, te necesito.

Era Tahl. Qui-Gon sintió la preocupación de la Jedi concentrándose como una enorme bola ardiente en su pecho. Parecía haberse quedado sin aliento. Estaba en peligro. Por no mencionar que pedía ayuda.

—¿Qué pasa?

—No sé cómo, pero se han enterado de que soy Jedi. Tienen miedo de todo lo que sé. Me he escapado de la sede, pero han mandado sondas robot a por mí. Qui-Gon, yo... no veo a las sondas...

—¿Sabes dónde estás?

—He cruzado al Sector Obrero. He ido cuatro manzanas al Sur y tres al Este. Estoy escondida en un monumento conmemorativo, una de las columnas, ¿las conoces?

—Sí —Qui-Gon ya caminaba rápidamente hacia el Sector Obrero.

— Estoy oculta entre las columnas de cristal, pero las sondas robot no tardarán en encontrarme. Hay mucha gente en la calle, y eso les confundirá un tiempo, pero...

—Estamos en camino.

Qui-Gon explicó rápidamente la situación a Obi-Wan, y ambos echaron a correr. Tahl no podía sentir a las sondas a través de la Fuerza, y eso hacía que su llamada fuera todavía más urgente. Él recordaba perfectamente la ubicación de la sede de los Absolutos.

¿Era esto? ¿Era éste el significado de su visión? ¿Iba a encontrar a Tahl acurrucada entre las columnas? ¿La encontrarían las sondas robot?

Ahora sus ojos estaban negros y opacos, llenos de sufrimiento. Cuando ella le vio, volvieron a brillar...

Había visto los ojos de Tahl en su visión, y estaban oscuros, del color de las lentes que se ponía para ocultar su peculiar color. Qui-Gon recordó ese detalle de repente. ¿Significaría eso que el resto de la visión iba a hacerse realidad?

—Qui-Gon, ya hemos llegado —Obi-Wan habló suavemente a su lado, con la voz áspera por la carrera—. Tenemos que tener mucho cuidado. Las sondas robot podrían estar buscándonos a nosotros también.

Tenía razón. Él no lo había pensado. Bajó el ritmo y comenzó a andar más lento entre los transeúntes para no llamar la atención. Luego fueron aumentando la velocidad, mezclándose entre la multitud. Dada la inquietud provocada por la desaparición de las gemelas, las calles estaban repletas.

Qui-Gon contó los bloques, luchando por no correr. Contempló el aire y no vio ninguna sonda robot. No sabía si ese dato debía preocuparle o tranquilizarle.

Por último, llegaron a la esquina donde se encontraba el monumento a los Obreros caídos. Qui-Gon y Obi-Wan corrieron hacia las resplandecientes columnas. Buscaron entre las filas y al fin encontraron a Tahl cerca del fondo, en un lugar que le permitía ocultarse, pero que le dejaba sitio para escapar del cubo y huir.

Ella alzó el rostro hacia el sonido de sus pasos. Sus ojos estaban oscuros, pero no reflejaban dolor. Estaba bien. Su sonrisa irónica se clavó en el corazón de Qui-Gon.

—Gracias por venir.

Qui-Gon se agachó e indicó a Obi-Wan que hiciera lo mismo.

—Hay mucha gente en la calle. A las sondas robot les costará encontrarte. Creo que ahora mismo el sitio más seguro es la casa de Roan. Aunque esté detrás del secuestro, debe mantener las apariencias. Y ya que te has quedado sin tapadera, no importa que se sepa que eres Jedi.

—Es cierto —dijo Tahl—. Vamos.

Obi-Wan escudriñó el cielo.

—La vigilancia va a ser más intensa en esta zona. Cuando lleguemos al Sector Civilizado es probable que las sondas robot se den por vencidas.

—Quédate entre nosotros y no te separes —dijo Qui-Gon a Tahl.

Salieron con cuidado de las resplandecientes columnas y se mezclaron con los paseantes. Al cabo de un rato se dieron cuenta de que todos iban en la misma dirección.

—Van a alguna parte —murmuró Qui-Gon.

—Probablemente sea una manifestación —supuso Tahl.

La manifestación se hallaba a tan sólo unas manzanas de distancia. La multitud se dirigía hacia el parque en el que se estaban concentrando los Obreros. Qui-Gon, Obi-Wan y Tahl se quedaron solos.

—Podríamos ocultarnos entre la multitud —dijo Qui-Gon en voz baja.

—Pero luego tendríamos que irnos —dijo Obi-Wan.

—Puede que las sondas robot se rindan.

—No —dijo Tahl—. Los Absolutos nunca se rinden.

—Yo digo que nos vayamos —dijo Qui-Gon—. El Sector Civilizado y Roan no están tan lejos. Los secuestradores podrían ponerse en contacto con él en cualquier momento. Ha accedido a que los Jedi ayuden.

—De acuerdo —dijo Tahl, y Obi-Wan asintió.

Se alejaron rápidamente de la manifestación, hacia el Sector Civilizado. Habían avanzado una corta distancia cuando Qui-Gon sintió una presencia.

—Puedo sentirlo —dijo Tahl.

—Es algo que está cerca —asintió Obi-Wan.

La sonda robot apareció. Volaba bajo para detectar a los tres. Qui-Gon saltó sin previo aviso, blandiendo su sable láser activado. La sonda robot cayó al suelo echando humo.

—Ahora vendrán más —susurró Tahl.

Aceleraron el paso. Enseguida, otras tres sondas robot se aproximaron. El fuego láser resonó junto a ellos. Qui-Gon y Obi-Wan se cerraron alrededor de Tahl para protegerla.

—Puedo ponerme sobre ellas en esa cornisa —dijo Obi-Wan —. ¿Puedes cubrir a Tahl mientras lo hago?

—Sí —dijo Qui-Gon. Era su única esperanza. Se alegró de que su padawan hubiera visto el edificio.

Obi-Wan disparó su lanzacables, y en pocos segundos se alzó sobre la cornisa. Mientras el lanzacables lo elevaba por los aires, atacó a una de las sondas robot, que estaba apuntando a Tahl. La partió en dos, y, deshecha, cayo en espiral al suelo.

Una de las dos sondas restantes se alzó para ir a por Obi-Wan, mientras la otra seguía disparando a Tahl. El aprendiz de Jedi se colgó del cable y se separó del edificio de una patada. Luego se balanceó hacia la sonda y atacó. Falló por centímetros. Obi-Wan volvió a separarse del edificio, impulsándose con los pies más alto y más lejos. La sonda, que no estaba acostumbrada a esa heterodoxa acción de su presa, le rodeaba silbando. Obi-Wan la atacó, destruyendo algunos de sus circuitos. La sonda robot comenzó a ir a la deriva, dando vueltas. Al siguiente golpe, Obi-Wan la destrozó.

Qui-Gon vio a Obi-Wan destruyendo la sonda, pero estaba ocupado con la que quedaba.

—Ahí delante hay unos cubos de basura de duracero —dijo a Tahl—. Te colocaré detrás de ellos e iré a por la sonda.

En pocos pasos, colocó a Tahl tras los cubos y saltó sobre ellos. Obi-Wan lo vio y se acercó por la cornisa sin soltar el cable. Mientras Qui-Gon saltaba, Obi-Wan soltó cable para bajar por la fachada. Cogieron a la sonda robot entre ambos y la golpearon a la vez. A trompicones y en llamas, la sonda robot fue a parar al suelo estrepitosamente.

Obi-Wan saltó suavemente al suelo mientras Qui-Gon bajaba e iba a por Tahl. Los tres echaron a correr. No se cansaron ni se detuvieron hasta que entraron en el Sector Civilizado, donde la población llenaba las calles. Entre la gente estarían seguros.

—He de decir, para ser sincera, que no lo habría conseguido sin vosotros —dijo Tahl, jadeando.

Siguieron hasta el Instituto del Servicio Gubernamental y se apresuraron hacia el despacho de Roan. Irrumpieron en él, pero estaba vacío. Su asistente llegó corriendo detrás de ellos.

—No pueden... Oh, discúlpenme. No me había dado cuenta de que eran Jedi.

—¿Dónde está Roan? —preguntó Qui-Gon.

— Se ha ido a una reunión.

—¿Qué reunión?

El asistente se mostró indeciso.

—Somos de confianza para Roan, lo sabes —dijo Qui-Gon —. ¿Ha ido a encontrarse con los secuestradores?

El asistente asintió.

Qui-Gon se acercó a la ventana, exhalando su irritación contra el cristal de la ventana. Aquello no iba bien. No confiaba en los secuestradores. Quizá Roan fuera su verdadero objetivo.

Tahl interrogó rápidamente al asistente, pero era obvio que no sabía dónde estaba Roan, ni los detalles del encuentro.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Obi-Wan.

Tahl y Qui-Gon hablaron a la vez.

—Esperar.

***

Se quedaron unas horas en el despacho de Roan. Al fin, Balog acudió a su encuentro.

—Os he conseguido alojamiento en la residencia del Gobernador —les dijo—. Allí estaréis más cómodos. Después de todo, es donde Roan irá cuando regrese con las gemelas —dudó un momento—. Ojalá hubiera confiado en mí también. Esperaré con vosotros.

Qui-Gon asintió.

—Gracias.

Balog les acompañó hasta la cercana residencia. Ya había caído la noche y la multitud que protestaba en la plaza ya se había dispersado.

—Parece que el atractivo de la cena ha hecho perder la dedicación a algunos —comentó Balog.

Mientras se acercaban a la residencia, en el camino que llevaba hasta la casa, Qui-Gon se fijó en un gran paquete fuera del campo de seguridad.

—Balog, hay algo...

—Ya lo he visto —Balog llamó rápidamente a seguridad por su intercomunicador mientras corría junto a Qui-Gon y Obi-Wan.

Qui-Gon se sentía cada vez más intranquilo. Al acercarse, sus peores temores cobraron forma frente a él.

No era un paquete. Era Roan, envuelto en tela oscura y atado con un cable.

Qui-Gon se arrodilló junto a él. Los ojos sin vida de Roan miraban la noche que se acercaba. El Gobernador Supremo estaba muerto.

Capitulo 16

Oui-Gon pasó suavemente la mano sobre los ojos de Roan, cerrándolos. Balog y Obi-Wan se acercaron. Balog se arrodilló. —Descansa en paz, amigo mío —murmuró, apesadumbrado.

Con mucho cuidado, Balog, Qui-Gon y Obi-Wan levantaron el cuerpo. Llevaron a Roan a su casa por última vez. Las lágrimas rodaban por las mejillas de Balog, pero mantenía la compostura y guardaba silencio.

—Tengo que encargarme de todo esto —dijo mientras tumbaban a Roan en la sala de recepción—. Tenemos que ocultarlo el mayor tiempo posible. Tenemos que encontrar primero a las gemelas. Creo que lo mejor será que de momento no se lo contemos a nadie.

—Esto va a ser difícil de ocultar —dijo Qui-Gon—. El que mató a Roan querrá que se sepa.

Qui-Gon tenía razón. En poco tiempo, la oscuridad exterior se vio iluminada por las barras luminosas y las velas. Obi-Wan había pensado que había mucha gente en la calle esa tarde, pero ahora era como si toda la población de Nuevo Ápsolon estuviera allí, expresando su rabia y su dolor.

Balog contempló las manifestaciones del exterior.

—Tengo que enviar un mensaje a Manex. No quiero que se entere así.

Los Jedi se sentaron en un salón interior. Obi-Wan no estaba seguro del siguiente paso a tomar. Sabía que no se marcharían hasta encontrar a las gemelas. Quizá podrían sacarlas del planeta, teniendo en cuenta lo complicado de la situación. Contempló a Qui-Gon y a Tahl, que estaban sentados el uno frente al otro, pero sin decir palabra.

Poco tiempo después oyeron ruidos en el recibidor. Obi-Wan siguió a Qui-Gon y a Tahl hacia la entrada.

Se trataba de Manex. Alzaba la voz por su estado alterado.

—Estaba dando una cena en mi casa. He sido informado —tenía un aspecto un tanto ridículo con su opulenta túnica verde de

terciopelo, y un gorro rojo que a Obi-Wan le pareció de lo menos apropiado para las circunstancias.

Balog habló con él en voz baja.

—Creemos que la causa de la muerte fue un agente paralizador que atacó el corazón y los pulmones. No sabemos si lo que intentaban era matarle o paralizarle, pero fue demasiado tarde para revivirlo.

Manex asintió tristemente y miró a los Jedi.

— Sabía que mi hermano acabaría así —dijo—. Creo que él también lo sabía, pero siguió adelante.

—Él siempre seguía adelante —dijo Balog.

Manex apoyó la mano sobre el hombro de Balog.

—Gracias por todo lo que has hecho. Yo velaré a mi hermano hasta la mañana.

—Te mandaré algo de comer —dijo Balog.

—No mandes nada —Manex se acercó lentamente hacia la puerta de la sala en la que yacía Roan, la abrió y entró.

Los Jedi regresaron a la sala pequeña.

—¿Crees que es sincero? —preguntó Obi-Wan a Qui-Gon—. No se le daba muy bien el papel de hermano doliente.

— Sí —dijo Qui-Gon—, pero hay otra perspectiva. Podrías decir que no le dio tiempo a cambiarse porque vino en cuanto supo lo de su hermano. Su atuendo podría ser la confirmación de su dolor.

—¿Piensas eso? —preguntó Obi-Wan.

—No lo sé, pero necesito tener las dos perspectivas para que mi visión siga despejada.

Obi-Wan asintió. Volvieron a sentarse. Las horas pasaron. Las luces bajaron de intensidad hasta que apenas iluminaban la penumbra. Obi-Wan se dio cuenta de que estaba dando cabezadas, pero no quería dormirse a menos que Qui-Gon lo sugiriera. Era raro que Qui-Gon no se diera cuenta de lo cansado que estaba.

De repente, Qui-Gon se levantó y colocó la mano en la empuñadura del sable láser.

—Espera aquí —dijo Qui-Gon a Tahl—. Obi-Wan y yo nos vamos a investigar.

Pero Tahl les siguió hasta el pasillo. En ese momento se abrió la puerta principal. Los guardias de seguridad corrieron

hacia el recibidor, alertados por una alarma oculta; pero, en lugar de unos intrusos, Eritha y Alani irrumpieron en el edificio. Las gemelas estaban pálidas, con la ropa arrugada y manchada, pero estaban bien.

—¿Dónde está Roan? —gritó Alani—. ¡Llevadnos ante él!

Eritha se acercó a Tahl.

—Estás aquí. Me alegro mucho de verte. ¿Qué ha pasado? Oímos en la calle que Roan había muerto. No puede ser verdad. ¿Lo es?

Balog se acercó a ellas.

—Me temo que es cierto. Está dentro.

Alani se volvió hacia Eritha y rodeó a su hermana con los brazos.

—Vayamos con él.

—Él no mató a nuestro padre —dijo Eritha—. Corrió muchos riesgos por nosotras. ¡Alani, tú y yo somos culpables!

—No estaría muerto si no hubiera intentado rescatarnos —dijo Alani, alzando la voz.

—No —Tahl se acercó a ellas—. No sois culpables de nada. Roan tomó sus propias decisiones.

—¿Escapasteis o fuisteis liberadas? —preguntó Balog.

—Nos dejaron ir. No llegamos a verles la cara —Alani se limpió las lágrimas del rostro.

—Creemos que lo mejor será que vengáis con nosotros a Coruscant mañana por la mañana —dijo Tahl con suavidad.

Alani miró a su hermana.

— Sí, creo que eso es lo mejor.

—Yo no quiero marcharme —susurró Eritha—. Nunca pensé que diría esto, pero es cierto.

—Tenemos que ver a Roan ya —dijo Alani.

Eritha y Alani, abrazadas, entraron en la sala donde yacía Roan. La puerta se cerró tras ellas.

Balog miró a los Jedi.

—Venía a veros. Llevamos toda la noche intentando organizar un encuentro pacífico. No sabemos quién está detrás de esto, pero no podemos esperar mientras la calle se revoluciona. Los Obreros y los Civilizados han aceptado reunirse. También habrá un representante de los Absolutos, mientras le demos un

salvoconducto de vuelta y no le detengamos. Hemos accedido a sus condiciones porque no podemos hacer otra cosa. Yo también asistiré a la reunión. Como Obrero que forma parte del Gobierno actual, me necesitan para el equilibrio. Irini representará a los Obreros.

—Es una buena noticia —dijo Qui-Gon—. Sólo si empiezan las negociaciones podrá resolverse la situación. El Gobierno tiene que estabilizarse.

— Sólo hay una condición —dijo Balog—. Es necesaria la presencia de un representante Jedi. Todas las partes lo han solicitado excepto los Absolutos. Sin embargo, el representante ha accedido a duras penas. La reunión será al amanecer —Balog miró su cronómetro—. Dentro de una hora.

—Yo iré contigo —dijo Qui-Gon.

—No —dijo Tahl—. Yo iré —se volvió hacia Qui-Gon—. Tengo que ir yo, Qui-Gon. Yo me infiltré en la organización de los Absolutos. Sé cosas que casi nadie sabe. Si el representante de los Absolutos intenta falsear datos de la organización, yo soy la única que puede saberlo.

—Eso es cierto —dijo Balog—. Los Obreros y los Civilizados confían menos en los Absolutos que los unos en los otros.

—Llévate a las gemelas a Coruscant al amanecer —dijo Tahl —. Yo me reuniré allí con vosotros después de la reunión.

Obi-Wan miró fijamente a su Maestro. Qui-Gon se había quedado pálido. Era obvio que no le agradaba el devenir de los acontecimientos. Él quería ir a la reunión, pero había todavía algo más, un sentimiento más poderoso que Obi-Wan no comprendía. Parecía estar desarrollándose una lucha titánica en el interior de Qui-Gon.

Tahl también se dio cuenta. Frunció el ceño y estuvo a punto de decir algo.

Entonces, por un instante y para sorpresa de Obi-Wan, vio algo en la mirada de Qui-Gon. Era casi como si hubiera sonreído por alguna broma privada. Pasó tan rápido que Obi-Wan pensó que se había confundido.

Su Maestro negó con la cabeza como para despejarse. Parecía a la vez confundido y decidido. Qui-Gon miró a Balog.

—¿Nos disculpas un momento? Tengo que hablar con Tahl a solas.

—Claro —Balog se inclinó y se retiró.

Obi-Wan comenzó a andar con Qui-Gon y Tahl hacia la sala privada. Pero Qui-Gon se dio la vuelta.

—Por favor, padawan, espera aquí —le dijo amablemente.

Sorprendido, Obi-Wan se limitó a asentir. Vio a su Maestro siguiendo a Tahl hacia la sala, cerrando firmemente la puerta tras ellos.

Capítulo 17

Querido amigo —dijo Tahl—, hemos discutido demasiadas veces. No lo hagamos una más. —No he pedido que estemos a solas para discutir contigo —dijo Qui-Gon.

Sabía que, al otro lado de la puerta, la vida continuaba. La gente sufría. Había conspiradores planeando un golpe de Estado. El planeta Nuevo Ápsolon seguía girando sobre su órbita. Sus lunas aparecían lentamente en el cielo.

Pero todo eso le daba igual, por lo menos en aquel momento. Por fin había comprendido una verdad. La había rozado por un momento y se había sorprendido, y se rió de sí mismo por no haberla visto antes. Y todo eso en apenas un instante.

Por raro que parezca, la clave de su revelación había sido simple: la imagen del pastelito que le había dado a Obi-Wan el día anterior. Había recordado su sabor, la dulzura en su boca. Ésa era la lección que había estado esperando, y que había dado a su padawan sin pensar en ello. En mitad de una vida complicada de peligros y abnegado servicio, de vez en cuando era necesario recoger la cosecha.

—Deseo contarte algo —dijo—. Son dos cosas. La primera es que estoy de acuerdo en que vayas tú a la reunión; pero no nos iremos con las gemelas, no hasta que regreses. No puedo irme de Nuevo Ápsolon sin ti. Tengo la firme convicción de que si lo hago, no volveré a verte.

Ella comenzó a digerir el comentario, pero se detuvo.

—¿De veras sientes eso?

—Así es. Tuve una visión en el Templo. Me moría de ganas por volver a verte. Cuando por fin nos reunimos aquí, y a pesar de todo, no me importó porque sabía que mientras estuviéramos juntos estarías bien.

Ella asintió lentamente.

—Pero, Qui-Gon, yo no soy tu padawan. No podemos estar juntos siempre.

—Ah —dijo Qui-Gon —. Eso me lleva a la segunda cosa que quiero decirte.

Pero ahora que había llegado el momento, no pudo continuar. Tahl esperó. No iba a meterle prisa. Le daría todo el tiempo. No lo hacía siempre. Lo cierto es que solía acosarle, formulándole preguntas que él no quería hacerse a sí mismo; pero le conocía tan bien que sabía cuándo tenía que darle tiempo.

Qui-Gon parecía feliz, y ella pareció darse cuenta. La expresión de la joven se suavizó, pero el Maestro Jedi siguió sin hablar.

—Me he dado cuenta de una cosa —dijo—. No puedo dejar que te vayas. No puedo dejar que pase un minuto más sin decirte esto. No vine a Nuevo Ápsolon sólo porque seas mi amiga. No me quedé porque seas una colega Jedi. Vine para darme cuenta de que no eres sólo una amiga ni una compañera, Tahl. Eres necesaria en mi vida. Te necesito. Eres mi corazón.

Él vio el pecho de ella agitándose. Su cara se llenó de color.

—No estás hablando de amistad —dijo.

—Estoy hablando de algo más profundo. Estoy hablando de algo que todos los seres pueden darse entre sí. Eso es lo que te ofrezco. Me ofrezco a mí mismo.

No podía haber hablado más claro. Era difícil decirlo, pero tenía que hacerlo.

Cualquier otra persona habría dado un paso, se habría sentado, movido, hablado. Ella se mantuvo perfectamente quieta. Él esperó, contando los latidos de su corazón. Había dado un paso decisivo. Eso pondría a prueba su amistad.

Pero él quería correr el riesgo. Por fin se había encontrado a sí mismo y a sus sentimientos. No estaba seguro de los de ella. En ese momento de revelación había llegado a comprender todas las tensiones que habían surgido entre ellos los últimos meses, todos los malentendidos y las discusiones. Todos tenían la misma causa. En algún lugar de su interior sabía que sus sentimientos por Tahl se habían hecho más profundos, pero se mantenía reacio a reconocerlo. Y en el recibidor, la certeza se había convertido en un dulce alivio.

Pero ahora no estaba seguro. Tahl parecía abrumada, pero eso podía ser por muchas otras razones.

— Si no sientes lo mismo, volveré a ser como antes y seguiré siendo tu amigo —dijo Qui-Gon. Era un hombre al que le gustaba el silencio, pero no éste. No quería hacerle daño a Tahl.

—No —dijo Tahl con tono cálido—. No vuelvas a ser como antes. Demos juntos este paso. Yo siento lo mismo, Qui-Gon.

Él dio un paso adelante al mismo tiempo que ella. Ella le cogió de la mano.

—No lo he sabido hasta este momento —dijo ella—. O quizá sí. Quizá llevo un tiempo sabiéndolo.

Él sintió sus dedos, cálidos y fuertes, entre los suyos.

—Yo me ofrezco a ti, Tahl.

—Y yo me ofrezco a ti, Qui-Gon.

Se quedaron inmóviles por un momento. Pero ambos eran conscientes ya de lo que les esperaba al salir por la puerta.

—Tengo que acudir a la reunión —dijo Tahl.

—Sí —Qui-Gon asintió.

—Somos Jedi. Nuestra vida en común estará llena de separaciones.

—Pero tendremos una vida en común, juntos.

—Sí.

—Cuando regreses, nos llevaremos a las gemelas a Coruscant —dijo Qui-Gon.

—A menos que el Gobierno solicite nuestra ayuda —replicó Tahl.

—Sí, a menos que nos pidan oficialmente que nos quedemos —asintió Qui-Gon.

—Tomemos la decisión que tomemos, seguiremos juntos —dijo Tahl.

—Sí —dijo Qui-Gon—. Al menos eso está claro.

Capítulo 18

Obi-Wan esperó ante la puerta cerrada. No entendía por qué Qui-Gon había pedido intimidad. ¿Qué tendría que decir a Tahl que su padawan no pudiera oír? Obi-Wan intentó no sentirse molesto. Cualquier decisión que tomara su Maestro era sin duda la mejor. Aun así, se sentía marginado, sentado en las escaleras ante una puerta cerrada, como un niño pequeño.

Al fin, la puerta se abrió. Qui-Gon le vio en las escaleras y se acercó a él, con Tahl a su lado.

—Tahl acudirá a la reunión de paz —dijo a Obi-Wan—. Nosotros esperaremos aquí con las gemelas. Cuando vuelva, si el Gobierno oficial de Nuevo Ápsolon no solicita nuestra ayuda, escoltaremos a las gemelas fuera del planeta, siguiendo sus deseos. Controlaremos la situación desde el Templo y sólo volveremos en caso necesario.

Obi-Wan asintió. Él ya sabía todo eso antes de que se encerraran en la habitación. Entonces ¿por qué parecía Qui-Gon diferente? Ya no tenía la mirada ausente. Algo muy profundo había cambiado en aquella habitación.

—No dejamos un planeta estable, pero al menos nos llevaremos a las gemelas a lugar seguro —dijo Qui-Gon—. Ésa era nuestra meta en un principio.

—Y nos iremos con las negociaciones en marcha, espero —dijo Tahl.

En ese momento apareció Balog.

—Es la hora.

Tahl asintió.

—Estoy lista.

No se despidió de Qui-Gon ni de Obi-Wan, simplemente se alejó caminando junto a Balog. Qui-Gon les miró hasta que la puerta se cerró tras ellos.

Con el amanecer llegó la actividad. El cuerpo de Roan fue levantado, en presencia de Manex. Se realizaron las preparaciones pertinentes para que el Gobernador Supremo yaciera de cuerpo

presente en su funeral. Las gemelas se retiraron a descansar antes de hacer las maletas para partir hacia Coruscant.

Qui-Gon organizó un desayuno. Obi-Wan se sentía muy agradecido. Había sido una larga noche y tenía hambre de nuevo. Se comió todo lo que había en la bandeja y contempló a Qui-Gon, que bebía a sorbitos el té y picaba unos trocitos de pan.

—¿Estás preocupado por la reunión? —le preguntó Obi-Wan.

Qui-Gon se quedó mirando su taza.

—No lo estaba. Pero hay algo..., algo que sigue preocupándome.

Oyeron gritos al otro lado de la puerta y algo parecido a una pelea.

—¡Quítame las manos de encima, lagarto mugriento del espacio! ¡Déjame verles! ¡Diles quién soy! ¡Ellos me recibirán!

Qui-Gon se acercó a la puerta y la abrió. Irini estaba allí, y uno de los guardias de seguridad la tenía agarrada por el brazo.

—¡Dile que me suelte! —dijo ella, furiosa—. He venido para hablar, no para pelear.

Qui-Gon hizo un gesto al guardia para que la soltara. Irini le miró sombría mientras se zafaba y entraba en la habitación.

—¿Pero qué derecho tienen a maltratarme? —se quejó a los Jedi, arreglándose la túnica—. No soy una delincuente, soy una ciudadana. ¿Y para qué necesitáis seguridad vosotros? Sois Jedi. Sois neutrales, ¿no?

—Quizá necesitemos seguridad porque hay gente que nos manda sondas robot para que nos persigan y nos disparen en callejones —comentó Qui-Gon.

Irini se quedó pálida.

—¿Estás sugiriendo que yo he hecho eso?

—Encontramos tu insignia entre la munición —dijo Obi-Wan. Señaló al collar de la chica, que colgaba por encima de su túnica.

—Es la insignia de los Obreros —dijo Irini—. No es sólo mía. Yo no os disparé, Jedi. He de admitir que no me gustó la idea de que estuvierais en nuestro planeta, pero la violencia no es mi estilo. Ni es el estilo de los Obreros. No creo que ninguno de

los nuestros intentara haceros daño. Quizá fue alguien que quería haceros creer eso.

—Es probable —dijo Obi-Wan. Ya no sabía qué pensar.

Qui-Gon indicó a la chica que se sentara.

—¿Para qué has venido, Irini?

—Estoy preocupada por la agitación en Nuevo Ápsolon —dijo la mujer—. Queríamos el cambio, pero no así. No con otro asesinato y el secuestro de unas niñas. Tengo una información que podría seros útil, si es que realmente habéis venido a salvaguardar la paz. Ya que no sabemos de quién fiarnos en el Gobierno, hemos votado y hemos decidido fiarnos de los Jedi —frunció el ceño — . Espero que seáis dignos de nuestra confianza.

— Si no confiáis en nosotros, no os convencerá nuestra garantía —dijo Qui-Gon—. Os corresponde a vosotros tomar esa decisión.

Ella miró a ambos con frialdad.

—Esa decisión ya ha sido tomada por mi comité. Yo soy la emisaria. He de deciros que los Civilizados culpan a los Obreros del asesinato de Roan y del secuestro de las gemelas. Y he de deciros también que los Obreros no son culpables de ninguna de esas dos cosas.

—¿Puedes hablar por todos los Obreros? —preguntó Qui-Gon.

—Sí —dijo ella—. Estamos muy organizados y funcionamos como un todo. Si hubiera facciones violentas, lo sabríamos.

—¿Y lo admitiríais públicamente? —preguntó Obi-Wan.

Irini suspiró.

—La situación está así. Sabemos que estamos al borde de otra guerra civil. Y nadie desea eso. Por tanto, sí, seríamos sinceros si pensáramos que hay Obreros rebeldes con intenciones de secuestrar niñas y asesinar gobernadores para conseguir sus objetivos. Pero no creemos que los haya.

—Dijiste que tenías información —dijo Qui-Gon.

Ella se inclinó hacia delante.

— Sabemos que hay alguien en el círculo íntimo de Roan que es responsable tanto del secuestro como del asesinato. Alguien importante. Alguien que desea más poder.

—¿Quién? —preguntó Obi-Wan. —Eso lo ignoramos.

—¿Cómo podéis estar seguros de que esa información es correcta? —preguntó Qui-Gon.

Irini dudó un momento.

—Porque tenemos un espía en la casa. Alguien que vigila a las gemelas para protegerlas.

—Pues no hizo muy bien su trabajo —señaló Obi-Wan.

—No —admitió Irini—. Eso es porque los sistemas de seguridad fueron saboteados al más alto nivel. Como ya sabéis, la seguridad en este sitio es máxima. Sólo podría ser atravesada por alguien que la conociera bien. Alguien que tuviera las claves del código. Alguien que supiera exactamente cómo dominar a los guardias y cuánto tiempo tardarían en llegar los refuerzos.

—¿Quién es vuestro espía? —preguntó Qui-Gon.

—Uno de los guardias de seguridad. Por eso sabemos tanto sobre la seguridad de Roan.

—Si los Obreros conocen la seguridad, bien podrían haber secuestrado a las gemelas —señaló Obi-Wan.

—No. Conocemos los procedimientos, pero no el código —explicó Irini—. Muy poca gente conoce esa información.

—¿Quién?

Ella negó con la cabeza, frustrada.

—No estamos seguros de eso. Sólo sabemos que es gente cercana a Roan.

Obi-Wan miró a Qui-Gon.

—El primer día, cuando vinimos a ver a las gemelas...

Qui-Gon se quedó pálido de repente.

—Nuestra seguridad está en manos del máximo responsable, el propio Balog...

—¿Crees que podría tratarse de Balog? —preguntó Obi-Wan—. En ese caso, enviarle a la reunión no ha sido buena idea. Tiene sus propios planes. No está a favor de Roan, sino en su contra.

—Las posibilidades de paz se verían eliminadas —dijo Qui-Gon, sombrío. Se giró hacia Irini — . Tienes que ser consciente de que es probable que Balog mienta en las negociaciones de paz. No estamos seguros, pero hay que tener eso en cuenta. Esta reunión es demasiado importante para ponerla en peligro.

—Por cierto, ¿tú no deberías estar allí? —preguntó Obi-Wan—. Comenzaba al amanecer.

Irini se quedó de una pieza.
—¿Qué reunión? —preguntó.

Capítulo 19

La mirada en el rostro de Irini le hizo actuar más rápido de lo que había actuado en su vida. Qui-Gon ya estaba en el recibidor antes de ser consciente de haberse levantado de la silla. Pero por muy rápido que se moviera, sabía que Obi-Wan le seguía de cerca.

Había mandado a Tahl con Balog. No había reunión. Balog la había alejado de ellos por alguna razón. No sabía cuál, pero se temía lo peor.

La había fallado. Creía haber confiado en su visión; pero, al parecer, no lo suficiente. Había dejado que ella se fuera.

Balog les había dicho que la reunión se iba a celebrar en una estancia secreta en el cercano Instituto del Servicio Gubernamental. Qui-Gon y Obi-Wan corrieron hacia allá por las calles vacías. Los soles nacientes teñían de rojo el pavimento. El mundo despertaba.

—Quizá nos equivoquemos —dijo Obi-Wan mientras corrían —. Quizás haya sido otro el responsable del secuestro. Según Irini, hay varias personas que conocen el código de seguridad.

— Sí, podríamos estar equivocados —asintió Qui-Gon. Pero no lo creía.

Sabía que la sala secreta estaba fuera del despacho de Roan. Irrumpieron en la entrada del edificio. El asistente de Roan estaba abriendo el despacho. Se quedó de piedra cuando vio aparecer de repente a los Jedi.

—¿Qué hacéis aquí?

—La sala de reuniones secreta —dijo Qui-Gon—. Llévanos allí.

—No... No sé —tartamudeó el asistente.

Qui-Gon dio tres pasos hacia él y dijo una única palabra:

—Ahora.

El asistente asintió nervioso. Entró por una puerta oculta en la pared y les guió a lo largo de un pasillo hasta que llegaron a una puerta de duracero.

Qui-Gon caminó más despacio al ver lo que yacía frente a la puerta. Una voz gritó dentro de su pecho.

¡No!

El sable láser de Tahl había sido arrojado a una papelera. Y con él, varias pistolas láser.

Ella jamás se habría separado de su sable láser, a menos que le hubieran dicho que con él no se podía celebrar la reunión.

—Abre la puerta —ordenó Qui-Gon al asistente.

La puerta se abrió, deslizándose. Había una mesa vacía. Sillas vacías. Ni rastro de Balog o Tahl.

En una frustrante agonía, Qui-Gon alzó la empuñadura de su sable láser y la clavó en la mesa. Se abrió una profunda grieta, y la mesa se rompió.

Obi-Wan le miró alucinado. Nunca había visto a Qui-Gon perder el control.

Qui-Gon cerró los ojos y luchó con las emociones que se debatían en su interior. Vio los ojos sin vida de ella, sintió su debilidad, oyó su voz: "Es demasiado tarde para mí, querido amigo".

Su padawan le habló.

—Los encontraremos, Qui-Gon.

Él se tragó su ira y su sentimiento de culpa, empujándolos hacia el fondo, en alguna parte donde no interfirieran con su razonamiento, con su capacidad de juicio y su iniciativa.

Abrió los ojos y se encontró con la mirada decidida de su padawan. Había algo que sabía y que quería decir a Obi-Wan. Si no la encontraban a tiempo, si su visión se hacía realidad, él cambiaría para siempre. Sería para siempre la mitad de lo que había sido. De lo que podría haber sido.

—Tenemos que encontrarlos —dijo Qui-Gon.